El Encantador de Serpientes

Tabaré Garró

Abejita Sinchi Editorial

Tabaré Garró nació en Lima, Perú, en 1965. Licenciado en Psicología. Exdocente universitario en Perú, y como periodista, conforma la plana Noti-sur-USA y de OLANDINA, en Lima. Poeta y novelista. Radica en USA.

Tabaré Garró

EL ENCANTADOR DE SERPIENTES

Abejita Sinchi Editorial

El Encantador de Serpientes
© Tabaré Garró, 2020
Primera edición, marzo 2020
Tiraje: 300 ejemplares

Edición e impresión en:
© Abejita Sinchi de Lily Cuadra Quesquén, 2020
Av. Los Patriotas 491, San Miguel, Lima
lilycuadra@gmail.com
Teléfono: 01 578 417 9 / 998 813 548

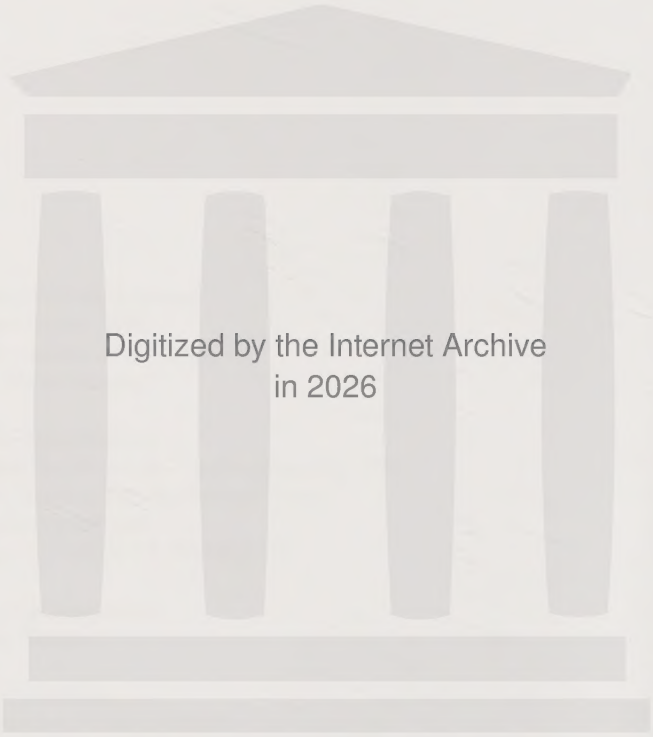
Diseño y diagramación:
Anthony Torres

Imagen de portada:
Leo Chistovsky (1902-1969) Desnudo reclinado

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N°: 2020-01744

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra sin el permiso por escrito del editor y/o del autor.

A Mina, siempre.



Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/elencantadordese0000taba

Cuando muera, y si voy al cielo y tú no estás allí,
para qué entro.

"CAVALLEIRA RUSTICANA" | Giovanni Verga

Prólogo

UN TENORIO DE NUESTROS TIEMPOS

Conozco a Tabaré hace varios años. En un inicio supe de él que se licenció en Psicología por la Universidad Inca Garcilaso de la Vega, fue docente en la Facultad de Letras en la Universidad Federico Villareal, colaborador de Notisur (Estados Unidos) y de la revista Literaria "Olandina" del Perú. También que era escritor, poeta, medio gitano, medio limeño, medio de todas partes, pues es un eterno y entusiasta viajero.

Conversar con él y leerlo es un deleite, más aún si se hace en compañía de amigos, buena música y de un vino de excelente calidad, de esos por los cuales tiene predilección. Creo que nadie conoce de esa bebida como él.

Tabaré Garró, es autor de numerosos libros, un ser privilegiado para la escritura, atesora versos, anécdotas y vivencias, las disfruta y comparte, como estoy segura lo hizo al escribir este libro. No me resulta difícil imaginarlo en sus noches de desvelo, sentado frente a la computadora, con un vaso de vino en la mano, sufriendo al lado de su personaje o riendo a carcajadas después de narrar algunas de las aventuras de su protagonista, quien, a diferencia del Tristán de la leyenda medieval francesa del siglo XII, no solo descubre el amor en una Isolda. En este caso, serán muchas las

féminas que alborotarán su vida y le darán los bríos para continuar en la búsqueda de ese sentimiento que, a pesar de los años y las distancias mantiene vivo.

En el otoño de su vida, el octogenario Tristán aún intenta encontrar respuestas a su exploración constante del amor, descubrir la correspondencia a ese fuego interior que lo domina desde púber y debió acallar, convertirse en un "asesino" para continuar adelante.

"He tenido que convertirme en un encantador de serpientes para poder vivir dentro de este pellejo, la fuga de siempre es el cuño que denuncian mis cantos".

Tristán es un ser cultivado en las artes, sabe enfilar palabras, las usa para seducir, engatusar y no se da por vencido. Es un todo terreno a prueba de balas. Tierno, divertido, aventurero, un exquisito poeta que lleva su arte por el mundo y lo asombra.

"¡Qué hermoso que eres Ecuador de mis encantos!.. en cada sorbo que bebo de tu río atravesando Guayaquil me llevo las miles de sonrisas mirando al sol de tu plaza de Las Madres, de tu campestre comedor de carnes en el Redondel del Turi, en tus calles con aroma a cariño perpetuo..."

"Encantador de serpientes" es una obra con una narrativa interesante, plagada de imágenes divertidas, momentos un tanto trágicos, personajes peculiares muy bien descritos en una combinación perfecta para querer seguir leyendo, para ver en que acaba este don Juan moderno, incansable y seductor sin límites, el cual se desplaza de una cama a otra, haciendo uso de sus recursos retóricos para enamorar, de ese verbo fácil capaz de hacerle sentir a la mujer en quien

pone el ojo, como la reina más encantadora de todo el planeta.

Quiero morir en tus brazos, mírame a los ojos, verás tu retrato de niña alegre y tus travesuras, acércate más y verás soltándome por valses primorosos, comprenderás, vida mía, como pinto al cielo de ese rojo ibérico que es tu predilección...

Pero no todo es color de rosa para Tristán, pues el tiempo no transcurre en vano e ingresa a un mundo de confusión, de búsqueda constante, donde le sale al frente una prenda brava, que pone a prueba sus armas y lo lleva a cuestionarse, a buscarse y tal vez reinventarse, encontrar nuevas estrategias para conquistar el amor que pincela esta etapa de su vida.

"... ¿por qué el alma no tiene dueño, por qué el universo se pinta solo con los colores que dictaminan tu cerrar de ojos cuando me castigas por tus ausencias, por qué cambia de estación la tierra de mis viñedos, por qué he perdido la capacidad de contar historias si tú no estás en mi vida, y revives en cada poema?".

El Encantador de Serpientes, nombre muy sugerente para este libro, nos permite apreciar el trabajo de su autor, su manejo del lenguaje, sutil, poético, sensual, erótico, magníficamente articulado, sin caer en la pornografía. Leer cada párrafo, introducirse en sus páginas, es deleitarse con su composición, el uso adecuado del lenguaje. Como lectora, he conectado con sus personajes, con Tristán, quien me ha conmovido y en más de una ocasión, he reído con sus ocurrencias. Me ha traído a la vista el recuerdo de amigos

poetas y he intentado descubrirlos, conocerlos, entender ese ego que hunde o levanta, aplasta o ayuda a crecer.

Tabaré Garró, además de este libro tiene publicados El Balcón de Madrid, "3 Relatos y una confesión", "El Oriental", "100 cicatrices", "Perseguidor de Quimeras", "Cortos y Largos", "Si algún día", "En Sayula nació la gata", "Cancionero de Baco" y "Gitano maldito" entre otros, a los cuales se suma "Encantador de Serpientes" que estoy segura dará que hablar, no solo por el tema que toca, sino por su relato sencillo, pero cargado de una poesía elegante y sensual.

Con estos atributos, resulta difícil no sucumbir a su seducción.

LITA VELASCO ASENJO
periodista, escritora y difusora cultural

EL ENCANTADOR DE SERPIENTES

Abrió con displicencia de alta alcurnia el elegante sobre beige entregado a mano por el cartero y jugueteó abanicándose con la pequeña cartulina nacarada. Era la invitación de la embajada ecuatoriana para agasajarlo en Cuenca, cuna de la cultura del país vecino, el motivo, el Embajador de Ecuador quien después de cinco años de representar a su país en Rumania, donde no pudo establecer contacto literario y aburrido, había descolgado al azar un libro del estante que su antecesor había acumulado durante su estancia en ese país.

Este embajador, Apolinario Buenaventura Delgado del Risco, era un diplomático de carrera quien por no gozar de la simpatía del gobierno fue aislado en Transilvania. Por su afición a la lectura es que terminó de leer un viejo poemario del poeta Tristán Saldarriaga Pro, ganador de los XXXVI Juegos Florales de Lima, hacía sesenta y tres años atrás y quedó tan impresionado con la lectura, que se le ocurrió realizar una búsqueda sin tregua para ubicarlo, utilizando todos sus recursos diplomáticos. A los tres meses ya tenía toda la información necesaria sobre su poeta favorito y decidió organizarle un homenaje en la Mansión Guadalupe, en Cuenca, cuando lo reubicasen de regreso a Ecuador.

Responsable en aceptar la invitación fue uno de sus amigos de leche, y también colega, Honorato Solís y Bustamante quién, al enterarse de la invitación a Tristán, y de su

decisión de no asistir, lo convenció que concurra. Honorato Daniel Solís y Bustamante Ríos era en realidad quien lo rescataba al camino cierto. Se trataba de un poeta de ochenta años de edad, originario de las sierras peruanas que con fervor de padre hacía las pesadillas del poeta Saldarriaga más fáciles de respirar, sobre todo cuando éste se encontraba al borde del suicidio. Sus depresiones pasaban por encerronas en su cuarto y no abandonaba la cama ni quería ver la luz del nuevo día, allí era cuando Honorato, con su prosa magistral le hacía sus días inmisericordes en unos color primavera.

Pero Tristán, a retazos de tiempo, lo miraba con furia, aunque después se arrepintiera entre sollozos comprendiendo que todo lo que su colega Honorato hacía era por ayudarlo, por eso como no se atrevía, tal vez por orgullo, de decírselo en vivo y en directo, le escribió una carta donde le dijo,

"Idolatro nuestra amistad, añejada en barricas del vino que tomamos al reunirnos, o en una cava efervescente catalana que me llevas cuando estoy en cama preso de mi baja temporada. Idolatro nuestra amistad colega, porque contigo reímos juntos por un chiste mal contado, por eso, por estar mal contado, allá en nuestros paseos gélidos de invierno limeño en el parque Campo Marte, y abrigado por nuestra amistad con toda su potencia mágica y entre los zumbidos de esos calendarios infinitos de lobo solitario, siempre añoro tu compañía, tu carácter fuerte, tu sonrisa y tu corazón grande y generoso. Por eso brindo ahora que puedo, y porque me pican los pies, me espera otro camino más allá de lontananza. Te extraño amigo mío cuando estoy

solo y mataperreando por estepas, por quebradas serranas y sabanas en los llanos, pero te espero, sí, te espero con cinco litros de vino tinto, solo dime con golpes sobre cueros de timbales, o con señales de humo de palo Guarango, cuando vienes para tener la mesa lista, ya estará el vino espumoso helándose para nuestro encuentro, amigo mío".

Tu colega,
Tristán Saldarriaga.

Honorato había sonreído con nostalgia después de haber leído la carta de su amigo, la guardó en el cajón de su pupitre de profesor y la dejo allí para siempre. Poco después moría de una enfermedad terminal abandonando a su colega a la deriva de sus depresiones.

El poeta Tristán Saldarriaga Pro, nació en un pueblo costeño en el norte peruano, de familia de clase media golpeada malamente en los recursos económicos. Sus padres dejaron la responsabilidad de su cuidado a los abuelos maternos. Al cabo de tres años, estos le dieron al niño Tristán la oportunidad de acceder a una educación excelente al ponerlo en las puertas de un convento, con la nota "es un buen niño", escrita en un papelito prendido con un alfiler de sujetar trenzas en su saco de imberbe pobre. Allí comida no le va a faltar, se dijo a sí misma la abuela a manera de consuelo, y por deshacerse de su conciencia. Así fue como se inició en lo que a Tristán le pareció muy fácil de aprender, tocar el piano, con una profesora, una monja francesa quien poco a poco le enseñó la lectura de las partituras. El niño Tristán, músico de raza, se enamoró de la música culta, y de la monja.

Poco a poco se fue desencadenando en Tristán el escribir poemas, y todo con la puntería fija en la monja, a quien le dejaba sonetos en clave. Ella entendió de pronto que el

nuevo anticristo estaba creciendo en el convento sin que nadie se diera cuenta, por lo que decidió cortar de un solo tajo al mal en ciernes, y dejó el hábito para enjaularse en la vida secular en su país de origen, porque, dijo, que había descubierto que no tenía vocación para vivir como esposa de Cristo.

Tristán fue trasladado al Orfelinato Herminio Valdizán, donde perfilándose como poeta, ganó una competencia en su aula de clases cuando el profesor organizó un concurso de poesía para celebrar el Día de la Virgen de la Inmaculada Concepción. Tristán fue reconocido como el ganador, pero debido a su conducta díscola y sin ningún síntoma de gustarle las letras, en opinión de su profesor, éste allanó la carpeta de Tristán buscando la copia del poema, al no encontrarlo y no contento con lo fallido de su requisa, el profesor urgó desesperado en las carpetas cercanas porque estaba seguro que Tristán no daba la talla. No pudo descubrir nada, entonces hizo salir a todo el salón de clases y al quedarse solo gateó por entre los pupitres, pero no halló lo que buscaba, la prueba que Tristán no era el autor del poema.

Al final, después de tanto bochinche, se apareció el director del orfelinato y preguntó al profesor a qué se debía el escándalo con alumnos en desorden y en el patio en horas de clase, el profesor le contó la historia y ambos después de algunos minutos decidieron poner a Tristán a prueba. Hicieron entrar al muchacho al salón y el director le dijo con voz ronca que escriba un poema a la Virgen de la Inmaculada Concepción, cuya celebración estaba pronta a venir y

dependiendo, si el poema era bueno, lo podría leer en la inauguración. Tristán, seguro de sí mismo, porque los poemas le salían disparados del corazón a los dedos, se sentó en el pupitre del profesor para evitar cualquier suspicacia de plagio. A los cuatro minutos terminó de escribir un poema. El director que se había quedado a un costado de Tristán, mirando sus manos hasta que acabara, fijó la vista en los ojos del alumno, éste con un movimiento de cabeza dijo, "terminé", el director cogió el papel sacándose la mano izquierda del bolsillo del pantalón, se lo puso al frente y leyó el poema, frunció el ceño y sin decir palabra alguna se lo dio al profesor quien, después de leerlo, se quedó con el escrito entre las manos sin atinar que hacer. El director se percató de ello y de un tirón se lo arrancó, luego mirando a Tristán dijo: "Lo lees en la ceremonia".

La ceremonia por el día de la Inmaculada Concepción, donde fue invitado de honor el arzobispo de la ciudad, estaba totalmente colmada por autoridades municipales, plana docente y alumnado. Cuando llegó el turno de Tristán para leer su poema, todos en el inmenso patio del orfelinato se mostraron expectantes por lo que había sucedido la semana anterior. Tristán, cambiando el poema original leyó uno que esa misma noche de aquella tarde, en donde dudaron de su autoría, había escrito en el aula describiendo las características físicas de la monja: su profesora de música y su amor de infante. Tristán fue expulsado del convento.

Con los años fue creciendo su pasión por la literatura y la música escribiendo poemas, sonetos y hasta se atrevió con algunas partituras, inspirándose en Liszt. Se convirtió

en un lector voraz leyendo cuanto libro le caía en las manos tanto que bordeando la adolescencia se metió con autores con predominancia a la filosofía, Sartre, Camus, Nietzsche, creando un mundo imaginario del cual le costaba salir. Y a los once años escalando el árbol que daba a una esquina del orfelinato logró fugarse para buscar ese universo que había estado tejiendo en su mente.

Fuera del orfelinato no culminó sus estudios secundarios regulares pero se acomodó muy bien a un reglamento emitido por el Ministerio de Educación, donde se daba facilidad a los que no habían terminado la secundaria a tomar clases nocturnas en ciclo acelerado.

Una vez con la secundaria completa, hizo valer sus cursos de teología y filosofía, estudios dictados en el Cuzco por un ex-cura que le sirvió para un ingreso directo a la Universidad Católica del Perú, donde estudio Educación y Literatura.

A los veinticinco años se recibe como docente ejerciendo la cátedra de Literatura en la facultad de educación de una prestigiosa universidad en la capital del Perú. A los pocos años Aníbal quiso contraer matrimonio con Adelmira Fulgencia Roa Ballesteros en una capilla abandonada en el pueblo sin nombre, sin perdón de Dios, de Guadalupe, a ciento cincuenta kilómetros al sur de Lima.

La familia de ambos se había opuesto aduciendo lo inconveniente de la localidad y también, por parte de Adelmira, porque ella dijo que Tristán quería casarse en una capilla en medio del desierto para que nadie se entere, pues quería seguir con su vida de rufián. Lo de Tristán era sincero, por-

que poeta en el alma y romántico en el fondo, deseaba que su ceremonia matrimonial pase a la posteridad y al recuerdo. Todo cayó en saco roto porque al final se casaron en la iglesia del distrito donde Adelmira vivía.

Sus primeros años conyugales los pasaron sin muchos altibajos, pero Tristán en confidencias y en ruedas de amigos decía, (cuando el alcohol le adormecía la vergüenza), "He tenido que convertirme en un encantador de sepientes para poder vivir dentro de este pellejo, la fuga de siempre es el cuño que denuncian mis cantos".

Su manera de vivir la vida sería de remolinos por su carácter dinámico, y con la sonrisa perenne para ocultar su depresión, porque en el fondo era una persona triste, tal vez porque no gozaba el placer y tranquilidad de un hogar feliz por ser casado sin fortuna con una mujer buena y sumisa quien había hecho de miel los primeros años de matrimonio con resultados sorprendentes, pues Tristán era un hombre inquieto que deambulaba por calles de las ciudades que visitaba derramado lisonjas para poder tener una compañera que le apacigüe esa depresión que lo atacó desde su niñez.

Ahora aparentemente andaba parejo en los caminos, consciente de sus limitaciones físicas, era más bien bajo, subido de peso y con problemas en el ojo izquierdo, hacía buen uso de su extraordinario manejo del vocablo castellano que, agregado a su magnífico recurso retórico le permitía hacer sentir a la mujer con quien hablaba, la reina de Egipto. Era a su vez un hombre muchas veces esquivo, ocultaba su refinado gusto por la música de violines gitanos, sobre todo de los húngaros, música que escuchaba en su estudio a

solas, y siempre a media noche, porque pensaba que así con cada minuto en vez de envejecer, rejuvenecía.

Adoraba a Apollinari y como seguidor de Dante Alighieri, frente al espejo, se daba el lujo de recitar de memoria, y en italiano, El Inferno. En el fondo menospreciaba a la gente que no compartía sus gustos literarios y musicales, pero buen maquillador de sus emociones, en las reuniones sociales, fingía disfrutar al máximo haciéndose pasar por un exquisito conocedor del vino y las artes plásticas.

Tristán era un sibarita, pero de poco conocimiento culinario, lo cual hacía se sintiera menos cuando se enfrentaba en sus reuniones poéticas con sus colegas sobre este tema. Algunos de ellos, sabiendo de su deficiencia, buscaban siempre arrastrarlo a ese campo para poder vencerlo porque en lo demás temas era difícil superar sus conocimientos. Y todo esto por la gula que trataba de ocultar, que no podía controlar cuando el licor comenzaba a hacerle perder la cabeza.

Tristán ejerció la docencia hasta jubilarse y con los años fundó una institución cultural, El Sindicato Clandestino de Poetas, acentuada en la poesía, la que tuvo relieve nacional, para después y con esfuerzo titánico, pues no tuvo ayuda logística alguna, trascender a nivel internacional, siendo famosos sus Encuentros Poéticos en las sierras del Perú.

Tristán, de una faceta fascinante para lograr viajar sin dinero después de haber creado su institución, debido a su estrategia que le dio resultado durante toda su vida, editar antologías gracias a la pequeña imprenta que fue armando poco a poco, soltaba sus tentáculos de pulpo poético y con

los contactos necesarios tenía donde realizar sus presentaciones y conocer a féminas en diferentes ciudades de America y Europa. Mientras más, mucho mejor, pues no era quisquilloso, falda que se le ponía a tiro, allí estaba él presto a la seducción. De verbo fácil, capaz de hinchar venas de emoción a sus escuchas, iba pasando sus ojos por entre los concurrentes hasta ubicar a su próxima víctima.

Llegó al evento para celebrar su famosa trayectoria poética en la mansión Guadalupe al cumplir los ochenta años de edad. En la cena de honor servían como entrada Quimbolito, allí fue el comienzo de lo que vendría hacer un giro de ciento ochenta grados en su vida, porque quiso conocer al autor de aquel manjar, por lo que insistió en ir a la cocina para estrecharle la diestra. El personal no supo qué hacer cuando vio al invitado de honor romper todos los cánones tradicionales y averiguar de primera mano quien era el responsable de aquel platillo, el maître hacía todo lo posible para ocultar a la chola cuencana, responsable del plato, otorgándole los honores al chef, pero al final prevaleció la verdad por la mirada de investigador experimentado de Tristán cuando vio a la chola cuencana. Tomándole ambas manos las besó con respeto de caballero antiguo y fue también cuando también sintió que ya perdía el norte de su vida si no la veía otra vez, a pesar que la cocinera con tosquedad y de mala leche lo corrigió bruscamente indicándole que el Quimbolito era un postre dulce y no una entrada, como sí lo era el Llapingancho, destruyendo en medio de su castellano mal hablado cada argumento que Tristán construía con toda la maquinaria pesada que le daba su muy refinado co-

nocimiento sobre gramática castellana, mientras le soltaba lisonjas coquetas. La chola cuencana, que cuando hablaba parecía tener una cara escondida, fue derrotando uno por uno todos los intentos de Tristán por seducirla.

Tristán empezó a dudar que la poesía pueda solucionar los problemas del mundo. Con los días consecutivos se sintió sucio por primera vez en su vida, que ya la esencia de vivir se la había escapado por algún orificio del alma, y sin saber lo que decía su estrella del norte, porque también sintió que ésta lo abandonaba, en realidad la mayoría de sus amigos, y algunos no pocos familiares cansados de escucharlo hablar todo el tiempo sobre la cocinera lo dejaban solo con su pobre amor de indias, hasta el punto que pensó en terminar su existencia de propia mano, y le pasó ese pensamiento por la mente sin ninguna agitación ni drama, es más, pensó que sería una bendición si podría tener el valor a la hora del suicidio, pero se le ocurrió la idea que en lugar de matarse podría trasplantar esta decisión a uno de sus personajes, sin embargo se acordó también que no escribía novelas o cuentos, solo poesía, "¡carajo!", se dijo mirando al cielo como buscando un culpable celestial, a un Dios que no se encuentre al alcance de ningún ojo terrícola.

Pero cuando Tristán se acordaba de ella, el vacío llevado en el alma se llenaba por la dicha que irradiaban aquellos ojos de la cocinera, Tristán sintió la hermosa tibieza que solo pueden dar las plumas de un cisne. En un domingo por la mañana de sol radiante, mientras desayunaba en un café, buscó en sus bolsillos un pedazo de papel y con gestos pidió, a los parroquianos contiguos a su mesa, algo con que

escribir. En ese momento, experimentó que el duende tan dormido en la tristeza de su vida había despertado y necesitaba manifestarlo como un grito impregnándolo en el papel, pero las personas que estaban a su alrededor no le entendían, empezó a faltarle el aire, de pronto se agarró el cuello, los más cercanos acudieron en su auxilio desabrochándole la camisa y aflojándole la corbata de seda italiana anudada con torpe esmero.

Finalmente fue recobrado de su momentáneo desvanecimiento por un médico que se encontraba entre los parroquianos. Recostado en la cama donde lo habían dejado por indicaciones del galeno, corbata de seda Italia, poemas de Darío y Cataratas de Iguazú, no le importaban en esos momentos, es que el cosmos había perdido la autoridad para juzgarlo. Ilusionado de conocer el poema con el cual el Todopoderoso creó el universo para poder seducir a la chola cuencana le dio esperanzas, era un reto de muerto a la Biblia, un reto a muerte a todos sus intentos de ganarse el corazón de la chola cuencana. Así se levantó de la cama en su habitación de alquiler para mirarse al espejo, sintió en el hombro las palmadas de consuelo de su duende, de pronto le pareció crecer algunos centímetros, se sintió alto, fuerte un Rodolfo Valentino que podía conquistar todo incluido la alegría del Carnaval de Venecia. Y decidió continuar en la conquista de la chola cuencana.

Para poder conquistar a la cocinera, debido a sus rechazos continuos, ideaba nuevas estrategias, una de ellas fue llevarla al Parque de las Flores porque terminó por convencerse que ella no le daba importancia alguna a la poe-

sía, y en eso perdía la guerra antes de empezarla, pero con las flores lograría ablandar en algo su corazón. Y consiguió parcialmente su propósito, pues de vez en cuando la chola cuencana, mientras recibía de él un alelí, le sonrió.

A Tristán le bastó solo ese gesto para creer que ya podía pedirla en matrimonio, pero fue un latigazo cuando la chola cuencana regresó a su indiferencia de siempre, allí mismo Tristán renegó de la poesía porque se dijo que era una herramienta inútil de conquista, opuesto por completo a lo que él siempre pensó, que con lanza en riestra de su verbo fácil podría invadir los territorios íntimos de cualquier fémina y salir victorioso.

Pero se equivocaba, por lo que cambió de estrategia invitándola al concierto de música clásica. La oportunidad se dio, vino desde Quito la Sinfónica Nacional y Tristán se apresuró en adquirir dos entradas a palco preferencial, pero, en el cual vio a su dulcinea aburrirse como un pedazo de clavo.

Intentó entonces robarse una foto de ella, lo consiguió sobornando a uno de sus compañeros de trabajo de cocina, y se la llevó a su amigo pintor, Roberto Bravo, al que pidió entre sollozos y lágrimas gruesas que dibujara un cuadro tamaño natural de la chola cuencana para llevarlo consigo a las serenatas que le cantaría al estilo de los antiguos señores, tal vez así podría acercarse a su corazón, pero el artista se encontraba cumpliendo el trabajo de pintar un gran mural. Frente a este impase Tristán culpó y renegó de la poesía una vez más y no solo desistió, sino que también se juró no escribir más poemas, porque la poesía se había convertido

en su enemiga, ya que le impedía tomar el canal correcto para llegar a su corazón. Y renuncia para siempre pertenecer al mundo poético.

Pero sucedió algo inesperado cuando la encontró en el Mercado Central y de buena guisa le sonrió a Tristán, éste aprovechó la oportunidad para invitarla a comer, ella aceptó.

Tristán lo recordaba bien, ella durante la comida permanecía callada la mayor parte del tiempo, esto lejos de ahuyentar el deseo de Tristán por poseerla, la encontró diabla y peligrosa, fue en esos precisos momentos en que a él se le vino el duende y echando mano a una diatriba enjaulada desde la primera vez en que ella rechazó sus requerimientos, soltó lisonjas para ser escuchadas por arcángeles, ella parecía impávida y miraba a los costados, de pronto volteó sus ojos sobre los de él por algunos minutos, y le dijo: —¿Sabes lo que tú eres? —, Tristán no supo que responder, la pregunta no correspondía a sus lisonjas y un desinterés no lo tomaría por sorpresa porque sabía que ella no era de gustarle la poesía, pero una respuesta con naturaleza de esquivo lo dejó sin habla, la cocinera enseguida al verlo desarmado completamente agregó —eres un encantador de serpientes, sí, como una copa de champaña—.

—¿Qué? —contestó Tristán con una pregunta.

—Sí, al principio espuma por todos lados, y a los pocos segundos todo desaparece —Tristán no supo cómo descifrar el enigma, ella prosiguió después mirando a los costados hasta levantarse y, sin decir nada a su acompañante salió del restaurante.

Tristán, tipo temperamental, engreído y a veces casero por conveniencia, porque solo allí lo consentían, sobre todo su mujer, pero a pesar de su carácter difícil, felizmente tenía una fiel amiga que le reparaba los puentes rotos. Esta fortuita colega lo hacía para hacerle su vida social más llevadera. Azucena San Miguel era su nombre y escuchaba pacientemente sus quejas de amor mal correspondido, tal vez por tratarse de un amigo o tal vez por lástima. Estos dos poderosos motivos fueron suficientes para que Tristán decidiera regresar al Perú. Pero como su obsesión por seducir mujeres no tenía limites se le ocurrió seducir a quien con el tiempo se había convertido en su mejor amiga, en su confidente, en su hermana de alma gemela.

Azucena San Miguel quedó sorprendida al empezar a recibir ramos de rosas rojas cada mañana acompañados de una tarjeta llena de lisonjas con letras tipeadas con máquina de escribir antigua. Se extrañó al comienzo, pero con los días llegó a acostumbrarse a lo que ya le parecía una rutina algo golosa, al punto que se maquillaba y entubaba en vestido de mujer de los viernes por la mañana, que era el día en que recibía los poemas más sentidos. Azucena San Miguel se fue enganchando en este novedoso juego literario y armó con sus propias manos un pequeño cuaderno para comenzar a escribir un diario donde su admirado anónimo era mencionado como, Mi Príncipe Veneciano, y sin saber exactamente cómo empezó a ir a la cama para acostarse con las flores hasta que estas se marchitaran a las veinticuatro horas, producto de esconderlas entre las sábanas y fundas de las almohadas.

Tristán por su parte sentía bramar su amor, el que comenzó con el entusiasmo de un niño por juguete nuevo. Aparecieron en Azucena San Miguel las sospechas que su secreto admirador era Tristán cuando éste comenzó a mirarla con vientos inusuales, y ella al estar a solas con él sentía la incomodidad de un incesto.

Producto de la obsesión de Tristán, es que Azucena San Miguel no pudo más y fue a visitar un brujo de las Huaringas para que le haga una limpia o por lo menos le ayude a visualizar este entuerto que ya vivía dentro de su cabeza.

Tristán una vez en Lima ya se encontraba instalado en su casa con los aires de siempre fue recibido sin ningún entusiasmo por los habitantes de su hogar. A la semana siguiente se levantó temprano contra su costumbre de aprendiz permanente de bohemio, se aferró a lo que sentía por amor y se metió debajo de la ducha, el chorro español crudo lo sacó del remanente de la borrachera de la noche anterior donde en el Bar Queirolo había disertado, en una reunión de vagos, su último ensayo en ciernes sobre La influencia de la escuela de muralistas mexicanos y ecuatorianos en América Latina, a los que bautizó como los Poetas de la Luz, y de un porrazo decidió olvidarse de Azucena San Miguel encerrándose en un pensamiento en voz alta:

"Se disuelve mi memoria en lo inmenso del Iguazú y abre sus ojos de agua grande, se va perdiendo entre las burbujas del naufragio, ya deja el recuerdo entre mariposas violetas, y zumbando alrededor de las risas queda ahora solo tu mirada serena colega y amiga, que se aparece entre las copas de vino espumoso".

Pero esto no hizo sino regresarlo a su obsesión por la chola cauca así que esa misma tarde, cuando sintió que su corazón no desmayaba y antes que termine la noche, viajó a Cuenca.

Llegó al Hotel San Juan de la calle General Torres en el Centro Histórico de la ciudad de Cuenca y entre el aroma de frutales que se filtraba por la ventana y encerrado en su habitación escribió afiebrado y opacando la nitidez de la razón, "¡que hermoso que eres Ecuador de mis encantos! en cada ventocillo allá en tus costas de Playas, en cada sorbo que bebo de tu río atravesando Guayaquil me llevo las miles sonrisas mirando al sol de tu plaza de Las Madres, de tu campestre comedor de carnes en el Redondel del Turi, en tus calles con aroma a cariño perpetuo, con los adornos de sombreros serranos, con tu encanto de chola cuencana, coqueta y misteriosa, ¡que revoloteo el cantar de tus noches de luna entera, de tus venas hirviendo el aire de altas cumbres, de tus termales que aquietan el corazón encabrito del juglar con sus locuras en bandolera¡ vine con el veneno de mis torbellinos, de mis aventuras de camas, de mis cuitas cerradas en la intimidad de baúles robados por piratas escandinavos, los escondí como dieran mis fuerzas en los algodones de playas bahianas, en los túneles sototerra de Turquía, enterré aquel secreto en los nevados perpetuos del Huascarán, para que nadie los vea, para que ningún otro poeta pueda encontrarlo, lo escondí también en mi orgullo de varón que sigue intacto, y así me vine sin saber que encontraría en medio del mundo, el mejor sitio para gritar tu nombre". Y Tristán lo sacó así del alma, creyendo que el

corazón de la chola cuencana ya tenía dueño, "así, porque presiento que mi cárcel ambulante está cerca, porque pelear contra otro ser, contra un enemigo que veo en cada poeta que se inicia es fácil, pero ahora es contra un fantasma, cierro ahora la ventana de esta mi habitación, afuera llueve cortando el hermoso paisaje rectangular del patio español, he estado llorando desde que no me permites llegar a tu corazón, y por vergüenza de mostrar mis ojos rojos es que decido ahora acorralarme en esta habitación de hotel".

Este su recurso retórico lo paseaba por donde iba y a medida que más presión literaria tenía es cuando más florecía su endiablada improvisación. Pero muy lejos se encontraba, como tan acostumbrado estaba, a las lisonjas continuas de sus admiradores, ahora se hallaba solo, y lo peor, se sentía solo.

Mientras en Lima, Azucena San Miguel vivía su propio mundo tratando de apartar la idea de que su admirador secreto fuera su mejor amigo, sí, que fuera Tristán su admirador oculto, porque abrigaba la esperanza de tener un espacio celeste en este mundo, ahora que sentía que este ya se le estaba acabando, por eso es que sentada meditaba últimamente con frecuencia semejándose a una estatua, hasta llegó aceptar que estaba al frente de una guerra en el que había perdido su vergüenza de mujer decente bajo los escombros de un Lucifer, en el que se había convertido su mejor amigo y aliado, el poeta Tristán. Este, por su parte sentía, cuando a su lado, que el sol lo llamaba, hasta a ese punto llegaba su obsesión y no sabía si por poseerla o por seguir con su obstinación de satisfacer su obsesión, y se enredaba en sus

dudas y encumbrado entonces en su cresta de apogeo intelectual se apoderó de un nuevo yo, un hombre que no sabía nada de poesía, un hombre cualquiera que con su bajo perfil iba a ganar también el corazón de la chola cuencana, sintió la libertad del verde de la natura, del fresco que se desprenden de los árboles, no sabía en esos precisos momentos si vivía su vida o la del otro, la del duende encaramado en su tuétano de bohemio con esfuerzo, porque en realidad sabía que un bohemio lo arriesgaba todo, todo o nada era el juego de esa vida, él en cambo apostaba siempre a ganador, que en el fondo nunca se había arriesgado a nada, y su cara, con el perenne disfraz esforzado de bohemio era solo por adornar su aureola que da el juglar y poeta entre la féminas, ser cautivador, cosa que los mismos bohemios se habían encargado de alimentar ese misterio para poder sobrevivir en el mundo de la realidad, porque no hacían otra cosa que fingir ser felices.

Y sintiéndose un niño había querido entregarle alguna vez a Azucena San Miguel un poema que escribió en un papel suelto, "¿por qué el alma no tiene dueño, por qué el universo se pinta solo con los colores que dictaminan tu cerrar de ojos cuando me castigas por tus ausencias, por qué cambia de estación la tierra de mis viñedos, por qué he perdido la capacidad de contar historias si tú no estás en mi vida, y revives en cada poema?".

Se llevó a cabo un segundo encuentro en la Mansión Guadalupe, que Tristán quiso insistentemente que así ocurriera porque dijo que tenía para leer un rasguño de su última creación literaria y quería darla a conocer en Cuenca.

Las autoridades locales botaron la casa por la ventana, y por todo lo alto organizaron el evento con banda de músicos y una procesión que empezó a las siete de la mañana, Tristán a las doce en punto del medio día y frente a una audiencia ávida de escuchar la última creación del nuevo mesías de la poesía, que algunos de los asistentes pensaban que lo era, tal vez por el producto de rumores que comenzaron a circular en la población de que se trataba de un nuevo Darío, al subir al escenario y al tomar posición del atril buscó una hoja de papel entre su fardo del manuscrito, y escogió uno con garabatos entrelazados, se lo puso al frente, luego se excusó por algunos minutos en los que dijo a uno de los mozos algo al oído y regresó al atril de inmediato, pero de pronto hubo un apagón, se escucharon algunos ruidos, al cabo de algunos minutos al regresar la energía eléctrica se le vio a Tristán frente al atril agitado y con una marca roja en el cachete derecho. Se supo con el tiempo que Tristán había sobornado al mozo para que provoque el apagón y que de prisa habría ido hasta la cocina para robarle un beso a la chola cuencana y, ella en plena oscuridad, al sentir la respiración de coyote en la nuca y labios alocados queriéndola besar en la boca, reaccionó tirándole una fuerte cachetada al intruso nocturno.

Tristán declarándose enamorado de la cocinera se creyó galardonado por el universo, dilapidó su pasado cruel de crecer sin padres porque dijo que le querían poner grilletes de esclavos africanos a su corazón de aeda y ya repuesto frente al atril empezó a leer, "pasó mucha agua bajo el puente y caminando fui el poeta deshojando al amor, cami-

nos de noche y de día que tus manos me dejó, en el camino fui el peregrino, no llores más mi niña, al final felicidad encontrarás, y que el cordón umbilical se rompa al cambiar la aurora de color, allí se sacudió del sol de la tristeza, la luna soltó sus aretes moros, el tiempo desdobló sus horas al sentir la Saeta saltar de la voz ronca de poeta con luz propia". Tristán levantó la vista y la audiencia seguía callada , entonces continuó leyendo en voz altiva: "despertaré a la luna hipnotizada por tu mirada triste de monja enclaustrada, por el bordonear de tus ojos calabreses, por tu aroma marino de tus crines al descuido que es grito mudo con desespero de un vientre moruno, y tu temple al sembrar la esperanza de otro encuentro donde con solo un beso le arreglarás el mundo de catástrofe a este periférico, con solo una sonrisa distraída le darás color al cielo que miro con la tristeza de no haberlo encontrado, ¿vendrá la esperanza de saberte cerca?". Y se quedó sin respuesta, optó entonces por no seguir leyendo el resto del mamotreto que estaba descifrando para con arremetidas de juglar orgulloso abandonar Mansión Guadalupe.

A pesar del fracaso de la presentación, logró al poco tiempo convencer al diplomático ecuatoriano a que se organice otra en la que sí leyó sus poemas pero no dio mayores fuegos, sin embargo, un relato corto escrito con la vehemencia de un hombre enamorado sin esperanza atrajo la atención de una productora de Guayaquil quien buscó una conversación privada con Tristán, éste recibió la iniciativa con desdén debido a su baja de entusiasmo por los rechazos consecutivos de la chola cuencana, pero vio al día siguiente

como un juguete de distracción la propuesta de puesta en la pantalla de su relato corto. Y por unos días le bajó la fiebre por la cocinera.

La primera reunión con la productora tuvo lugar en un restaurante en el centro de Cuenca donde Tristán mostró interés sincero y con curiosidad comenzó a hacer preguntas a ese mundo nuevo y al finalizar la reunión armado con nuevos bríos se sintió un aventurero. A los dos días comenzó a coquetear con la productora de Guayaquil enviándole esquelas poéticas. Tuvo éxito pues era correspondido con mensajes cariñosos que llevaron a Tristán al primer encuentro donde se mostró gallardo, y creyéndose un Valentino logró despertar en la productora el interés que él buscaba con una despedida romántica.

Pero al día siguiente en forma sorpresiva y después de tantos rechazos de parte de la chola cuencana le llegó un mensaje escrito con mala letra donde sin embargo se podía leer líneas sentimentales pidiéndole un encuentro.

Cuando acudió a la cita que decía el mensaje, fecha, lugar y hora, un restaurante de ambiente íntimo a las afueras del centró Turín, Tristán la esperó tres horas, la chola cuencana no llegó nunca. Decepcionado y triste regresó a su hotel, donde escribió un poema sentido, "con mis dedos pedreros voy abrirme el corazón para sangrando ponerlo en tus manos, solo dime que piensas hacer con él", y fue allí mismo donde se le cayeron dos goterones sinceros de los ojos.

Esa misma tarde lo llamó por teléfono la productora de la película y le dijo que tenía que verlo con urgencia porque

había conseguido parte del financiamiento de la película con inversión extranjera. Tristán se excusó diciendo que en esos momentos no se sentía bien, pero a los cuarenta minutos la productora se apareció en su habitación donde le dio información detallada sobre el proyecto de la filmación.

Este tiempo en el que Tristán pasó a ser un títere de la chola cuencana, pues ésta le hacía saber siempre por algún medio que su amor era correspondido dándole esperanzas que ella misma al otro día se encargaba de derrumbar de improvisto, llevó a Tristán verse demacrado y con signos notorios de una debacle en su estado físico y desbarrancado en una profunda depresión. En uno de estos episodios es que recibió otra esquela de la productora ecuatoriana, y sin muchos remilgos, al tercer día la productora se lo llevó a la cama.

Este hecho a Tristán, y a sus años de encuentro de carnes y enjambres sentimentales, lo metieron a un remolino de pérdida de convicciones, él mismo ya no creía en la experiencia de sus largos años porque después de esa noche la productora desapareció de su vida, lo que dio motivo a una baja en su autoestima, sintiéndose más viejo de lo que era. Se refugió entonces en Azucena San Miguel a quien trataba de seducir, pero no encontró respuesta en el otro lado del hilo telefónico, su mejor amiga había tomado la decisión de apartarlo definitivamente de su vida.

A las tres y veinticuatro de la madrugada de una fresca noche cuencana, Tristán despertó de pronto con la ilusión de encontrar un remedio a su obsesión buscando la conversación casual con un amigo psiquiatra, quien utilizó su

conocimientos y experiencia para ayudarlo con su problema de corazón. Se trataba del famoso doctor Agripino Buenaventura Benavente Izaguirre, graduado en La Soborna y que ahora ya jubilado, se dedicaba solamente a escribir libros sobre psiquiatría y dictar conferencias, pero por la amistad entrañable con Tristán reabrió, solamente para él, su consultorio.

Tristán se entusiasmó de una posible solución para ablandar su obsesión por la cocinera, pero sin poder controlarse iba a verla salir de la Mansión Guadalupe después que ella terminaba de trabajar. A los tres días de vigilarla se animó a enviarle un mensaje escrito a mano, "nunca te lo dije, pero a mí mismo me prometí escribirte un poema de cosecha propia, prenda mía, con ese jugo de aroma silvestre que tiene mi vida errante y bohemia, y lo hago por esta espera de largo alcance, por mis travesías con lanza en ristre que apuntan a los monstruos que me impiden el pasaje a tu corazón dulce, a tus dátiles, amor mío, a tus ganas de sonreír frente al infortunio de la distancia, ¡a nado carajo cubriré las millas marinas para decirte con mirada directa a tus ojos de indígena que eres la luz en mis penumbras que Dios me las dio por pecador, por ser un poeta sin cadenas, pero con mis ojos achinados por el tiempo puedo encontrarte para abrazarte fuerte, y decirte al oído para que los sabios del Parnaso no escuchen, que te amo con el alma entera, que ya no hay fuerza de parar a este aluvión de sentimientos tiernos que despiertan tu bajada de cabeza cuando perdonas mis desvíos de buen marino! De qué me vale la vida gloriosa de coleccionar cabezas de monstruos derrotados en

luchas cruentas contra dinosaurios, si al final no voy a sentir tus manos en mis mejillas acariciándome con tu mirada de ninfa, con tu silencio sabio que solo el universo travieso tiene para mí, solo tú quitarás el veneno de mi tuétano de peregrino... y no estás". Tristán quedó sin respuesta, nada cambiaba, la chola cuencana seguía desprendiendo solo indiferencia.

Antes de tirar por completo la toalla, Tristán decidió seguir a la cocinera por última vez, y se encontró con la otra vida de ella, la escondida, la secreta guardada en el baúl bajo siete llaves de convento.

Domingo seis y media de la mañana, la chola cuencana salió de su casa, rauda después de un baño reparador y con vestido de feria, Tristán la siguió, fueron por dos horas hasta llegar a las afueras de Cuenca a un pequeño pueblo, ella entró en una desolada vivienda de adobes, Tristán parapetado de arbustos y a una cuadra esperó, al medio día vio a la chola cuencana salir con otro aire y otros atuendos, parecía una mujer muy distinta a ella, y se dirigió al parque donde había plantadas trece mesitas de cemento, y a la sazón un mantel dibujado con tablero de ajedrez y trece jugadores esperándola cada uno sentado en una mesa. La chola cuencana era la mejor ajedrecista del pueblo donde se organizaba un evento anual de competencia para este juego de genios, y en donde durante los últimos catorce años nadie pudo quitarle la corona de campeona. Para retarla venían hombres y mujeres de distinta edad y condición social de otros pueblos lejanos, y hasta de la misma capital de Quito, recordándose en el pueblo la vez en que vino a retarla un niño genio que

en juegos simultáneos había ganado el V Juego Nacional de Ajedrez en Quito.

La chola cuencana en realidad utilizaba este juego para seducir a jóvenes promesas del ajedrez con su coqueteo intelectual hasta doblegarlos y convertirlos en esclavos sexuales bajo sus sábanas. Cuando Tristán descubrió su doble vida decidió fugarse lejos para no caer en la telaraña de la cocinera. Pero ya era tarde, ahora era ella quien decidió conquistar a Tristán para que pasara a engrosar la larga lista de esclavos que ella coleccionaba. Y Tristán recordó nítido la noche en que le preguntó a ella, ¿por qué estás conmigo? porque no comprendía de cómo ni cuándo se habían invertido los papeles entablando con el tiempo una relación de amantes platónicos en los que Tristán se incrustaba cada vez en la incertidumbre, ya que él había estado acostumbrado a seducir, a pesar que en este juego no siempre ganaba por no tener los atributos físicos que por lo general atraen a las mujeres, pero su labia privilegiada compensaba largamente y no podía encontrarle una razón valedera a este cambio dramático de papeles, quería huir de esa su relación pero no podía. En su desesperación se hizo invitar a un evento literario en Roma, quería irse lejos para de un solo tajo olvidar la pesadilla en la que se había convertido la cocinera, y puso sus fichas en movimiento. La mañana siguiente y muy temprano por la mañana se levantó después de sudar su misma pesadilla desde que la conoció, y con ánimo nuevo apareció en Roma.

Durante el vuelo Tristán analizó la personalidad de la chola cuencana y saltó otra arista desconocida, era arribista,

pues su posición en la clase social era la del pobre, trabajo de cocinera, sin embargo, fuera del hotel se transformaba, no solo de vestimenta, sino también en su disposición de ver el mundo, ya que lo hacía con los ojos de gran señora. Así se hizo, por conveniencia, aficionada a la fiesta brava por lo que recurría a todas las estrategias para conseguir el dinero que, si no alcanzaba para el abono de toda la temporada en la capital, entonces se contentaba en asistir a una sola corrida. Entendió su arrojo sin desmedida por la fiesta brava después de ver torear en Quito a su torero favorito, Paco Ojeda, y al estar en el corso capitalino sintió humedecerse, sobre todo en sus partes íntimas cuando vio al torero hacer los pases pegándose a centímetros de los cuernos del toro al citarlo de frente y hacerlo pasar sin moverse de su sitio y, clavado como estaba lo esperaba de regreso. Ella ya llegaba al éxtasis de carnes cuando Paco Ojeda iba por uvas, el momento de la verdad, y la cocinera enfocaba su vista en ver el acero penetrándose en el ojo de aguja del toro bravo, solo allí cerraba los ojos porque le faltaba el aire, sus pulmones ya no le servían para respirar, se había convertido en una momia, inmóvil, sin color en la piel, se sentía desaparecer con placer porque percibía con toda su alma que ya no podría ser más feliz que en ese instante celestial, y con mente alborotaba en burbujas de alegría solo podía moverse cuando los últimos aficionados ya abandonaban el corso. Y se sintió sola.

Era ya voz populi en Cuenca lo que ocurría con la chola cuencana y su amor platónico, Paco Ojeda era un ser inalcanzable, torero famoso, ella una cocinera. Este rumor que

después de recorrer todo Cuenca transformado en chisme, llegó a los oídos de Tristán que no supo otra cosa que hacer sino ir a su habitación huérfana y sin saber cómo, se sentó para garabatear en unos papeles sueltos que encontró esparcidos por el suelo: "a la vera de tu mar extenso doy frente, mis ojos, cocinera de mis sufrimientos, encuentran tus crisoles de carbón incandescente mirándome, cuidando mis pasos en estos caminos desiertos, y te siento tan dentro de mí que me ahogan los recuerdos de aquellas tres cuadras, revolotea aún el perfume de tus lisonjas, la bajada de cabeza por el peso de tu sonrisa picarona, de tu alegría de niña distraída, de tu irte lejos de la crueldad de este mundo de pistolas y muertos, traes para mi dicha el saber que tengo licencia para robarte los besos que se me antojen sin después ir a calera, y si caigo en prisión que sea fuerte la condena, le diré al juez que me pongan los grilletes de esclavo de galeones españoles, que ya no me importa el resto de vida que me queda, que ya probé el néctar de tus labios, le robé al universo el secreto de la Quinta Esencia con mi desparpajo de poeta malcriado y, envalentonado de atreverse a todo con tal de estar a tu lado...". De pronto en un arranque de arrebato arrugó el papel y lo arrojó al tacho de basura porque entendió que su competidor era un gigante para él, luchar contra lo majestuoso de un torero era una guerra perdida antes de iniciarla, pero lo volvió a recoger por el afán de escribir al reverso y volar hasta inventarse la fantasía de ser torero, no de llegar a ser Paco Ojeda, pero sí de ser un habitante del mundo de la tauromaquia. Así siguió escribiendo, aturdido por la nostalgia de una pasión

desbocada: "me siento un pirata que sigue su travesía por siete mares, olas de costas inhóspitas confunden más aún la razón de vivir quebrando sueños, dueño de mi ilusión de ser un hombre feliz, conocí los espacios dejados por tus pasos taciturnos, y conocí también de aventuras de marineros embarcados en atravesar sus noches entre sábanas, risas y caricias de una femenina que lo guiara por el mapa de su cuerpo desnudo, tú tranquila reposabas a mi lado descansando las fraguas del amor sin reservas dadas entre quejidos de gata en celo y yo con bramar de toro, y ambos jadeantes y lujuriosos dejábamos en cada encuentro, nuestras vidas sin remilgos, fueron nuestras entregas arriesgando a caer en el futuro doloroso de la despedida no sin antes decirte al oído "no cambies, no pongas sello a tu corazón y has feliz a otros mortales que tendrán la fortuna de hallar en la cuenca de tus ojos la dicha de vivir la vida intensamente, este poeta sigue su travesía ignorando que encontró la quimera de la quinta esencia".

Y Tristán inventándose pasado que no existía continuaba escribiendo porque si no lo hacía iba a morir allí mismo, y ya no quería que eso sucediera, quería vivir para seguir sufriendo, para seguir gozando del dolor porque al final de todo era un dolor causado por la cocinera, y que después de todo valía toda su existencia de seguir con vida, porque la esperanza no lo abandonaba, a pesar de que la chola cuencana vivía en un mundo muy diferente al de él, era un mundo de plástico el de ella, y él lo sabía perfectamente después de verla salir de su trabajo y oliendo a cebolla encontrarse con su amante de turno.

Era una mañana de un catorce de febrero, día de los enamorados, día de los que sabían saborear el néctar de la vida, el caminar tomados de la mano en una calle cualquiera, no como lo que era su vida consagrado a seducir féminas con la poesía, pero sin poder llenar ese vacío que espantaba la tranquilidad en sus noches de alma adolorida.

Al medio día después de la misa de las doce aparece la chola cuencana onda y oronda presta para jugar contra los adversarios y agregar un amante más a su colección secreta.

En la primera mesa el contrincante esperaba concentrado anticipándose a una riña de fichas, ella cortó plaza con el peón de la Dama y prosiguió su camino para jugar contra los otros doce adversarios más, regresa pronto al primero, pues a ella le bastaba segundos para mover su ficha venenosa, y al tocar al Caballo percibió alrededor del jugador un aroma inusual, algo que ella le encontró parecido a lo que podría ser un perfume de virreyes, pero no se detuvo mucho tiempo a pensar en su descubrimiento, y avanzó con la ficha para luego proseguir su camino de tumbar adversarios.

En la tercera vuelta el jugador de la primera mesa ya no estaba, ella miró a los costados y pensó que el adversario se había ido dándose por vencido, y continúa jugando.

Al día siguiente la chola cuencana salió de su casa algo más temprano, pronta a jugar, pero se sentía inquieta, la curiosidad empezaba a incomodarla, lo que había sucedido toda la noche en la que no pudo dormir. Llegó a la plaza pensando encontrar a su contendor huido, pero había otro en su lugar, y se inquietó aún más.

Los días siguieron y el contendor no regresaba, ella ya

se había quedado con ese aroma prendido en la esperanza de encontrarlo y continuó asistiendo por una semana más, el mismo resultado, él no venía. A los quince días exactos de su primer encuentro y primera partida, la chola cuencana empezó a perder concentración y a los siete días ya era vencida en algunas partidas. Pasaron dos meses y se le pudo ver sentada en la banca del parque mirando al piso y sin hablar con nadie, mientras el jugador huido jugaba simultáneamente con otros contendores en otro parque de la ciudad.

Ya totalmente con la guardia baja y mientras el taxi lo llevaba al aeropuerto para tomar el vuelo de regreso a Lima, Tristán fue hablando a media voz, "creo que no existes, chola cuencana de mi desconcierto, porque apareces y desapareces en el espectro de mis sueños, pero te extraño, y si acaso me escuchas desde donde estés, acuérdate que te miro con el almendro de mis ojos a los tuyos de azabache carbón y candela, danza para mí, ¿amor mío, donde estás, quizás alrededor del fuego que ilumina nuestro siempre camino incierto buscando el norte que perdido en algún recorrido del universo que buscamos nosotros los poetas de raza? que de repente, porque la razón también se ausenta, aparece una rumba que dislocada rompe la tristeza", y Tristán se imaginó tener a la chola cuencana en su cama para continuar diciéndose, "tal vez sea el juguetear con tu cabello largo y oscuro de india después de recorrerte por caminos prohibidos, y saborearte en la profundidad de tu flor de lis cuando alborotabas mi portento con tus labios tibios, y ya con la conciencia huida de la realidad nos dejamos cabalgar a lo que mande el desenfreno sin reglas fijas hasta soltar el grito

que revienta el silencio del tiempo, ¡ahora díganme dioses del olimpo! ¿a dónde se la llevaron de mi vera? no pido la causa ni motivo porque me sé pecador, pero con sable fuera de su vaina y a pecho descubierto voy por ella, ¿acaso no sabes Neptuno sabio que ella es mi última etapa de la cordura?". El taxi se detuvo en el pabellón de salidas de vuelos internacionales, y Tristán se apeó con los ojos rojos producto de un llanto interno, el chofer lo ayudó con las maletas y sin decir nada se acomodó de regreso en su asiento para alejarse después.

Una vez en Lima y debido a sus continuas depresiones es que siguió el tratamiento casero con su amigo el psiquiatra. Pero el tratamiento no adelantaba porque Tristán seguía con sus etapas de andar muy debajo anímicamente. El psiquiatra tiró entonces la toalla y durante encerronas semanales daban cuenta a cuanta botella de vino se les pusiera al frente y ya con el alcohol empapándolos, "estamos con más de cuarenta grados bajo corcho en el cuerpo", le decía Tristán a su amigo, éste le contestaba, "no tomes medicinas antipsicóticas que son drogas, que tienen que ir en crescendo para que surjan efecto, y si lo haces te vas a convertir no solo en un sonámbulo perenne sino también en mi enemigo porque te voy a odiar por no tener con quien compartir mi vino". Pero aún así como no daba resultado esta alternativa porque la complicidad afectiva seguía en pie, en una noche de borrachera de tres días, ambos amigos, poeta y siquiatra llegaron a la conclusión que tendrían que dar por terminado su amistad para que el doctor pueda establecer un diagnóstico y luego la terapia correctiva que corresponda al caso.

Y eso fue lo que hicieron, Tristán se apareció a la semana en el consultorio del amigo como si no se conocieran, y sería desde aquella vez un encuentro estrictamente profesional. En la primera sesión el siquiatra ocupó los primeros diez minutos en hacer las preguntas de rigor para confeccionar una hoja clínica, lo que no pudo llevarse a cabo como el doctor de cabezas hubiera querido por la falta de información sobre los padres de Tristán por haber sido criado por sus abuelos. El psiquiatra buscaba la presencia de enfermedad mental enraizada en el árbol geológico del paciente.

Después de dos meses de terapia intensiva se dieron cuenta que ambos se encontraban en el mismo hoyo por lo que decidieron interrumpir el tratamiento de psiquiatra y paciente para llegar a lo que verdaderamente eran, amigos, y entre abrazos terminaron como sus encuentros anteriores, empapados en alcohol no sin antes el psiquiatra decirle por segunda vez "sufres de depresión, no te le enfrentes porque no vas a ganar, huye y no tomes medicinas porque eso es una escalada". La depresión y la tendencia al suicidio en Tristán vivieron siempre.

Sin embargo, El Sindicato Clandestino de Poetas formado en la fragua de su tenacidad, era su Alma Mater, y lo que su amigo el psiquiatra no había podido lograr, volverlo al camino cuando en profunda depresión, sí lo hacía esta agrupación literaria a la cual presentaba su renuncia anualmente a sabiendas que no iba a ser aceptada por sus amigos y elementos confirmativos de la plana directriz. Esto era su vitamina anímica que lo fortalecía por años.

En una oportunidad y en la última reunión del Sindicato Clandestino de Poetas, Tristán como siempre, presentó su renuncia de rigor con cara compungida aduciendo que ya las fuerzas físicas lo habían abandonado y que su vena literaria parecía entrar irremediablemente en deterioro franco por el óxido del tiempo, pero la sorpresa que lo desubicó del universo se produjo al escuchar con frialdad de parte de toda la plana del directorio que su carta de renuncia era aceptada, Tristán tuvo que sacar fuerzas escondidas de león solitario para comerse solo, y en ese momento, la humillación de tener que aceptarla.

El Sindicato Clandestino de Poetas se había convertido en su feudo emocional, era él quien mandaba en el mundo desde su sillón presidencial por lo que vino después, una guerra caliente y sostenida en contra de la ex-vicepresidente y ahora presidente, María Clotilde de Barnechea. Tristán comenzó por su casa en donde rompió alcancías, y de sus huecos de ratón extrajo el dinero de sus aportes hechos a la institución por gente que le tenía especial cariño debido a su dedicación constante de apostar por la poesía. Tristán utilizó ese dinero para realizar un periplo sangriento por todo el país sembrando rumores a sottoterra con el objetivo de socavar la incipiente toma de facultades de María Clotilde Barnechea de la Sociedad Clandestina de Poetas, quien no sabía con qué armas responder a los ataques que se le vinieron desde los cuatro flancos, acusándola de mujer desalmada que quería adueñarse de una organización a la que ella había llegado por la cordial invitación de su fundador y que ella no tenía la capacidad académica para ser el timón de la

Sociedad Clandestina de Poetas. Los esfuerzos de Tristán fueron eficientes gracias a su facilidad en el uso del idioma castellano por lo que logró en muy poco tiempo retomar el comando de la institución porque María Clotilde Barnechea soportaba con bravura con las fuerza que le daban sus familiares para que se quedara al mando de la institución haciéndole recordar de sus atributos docentes y académicos así como su seriedad y dedicación para con lo que hacía, pero fue tanta la presión recibida a la tercera semana en su primer intento de organizar un evento poético con lluvia de acusaciones de los representantes de la institución, que María Clotilde Barnechea renunció al cargo. El diablo que se le había incrustado en Tristán por sabotear a la presidente fue conocido mucho después.

Y allí quedó otra vez al mando de Sindicato Clandestino de Poetas después de ver reforzado su ego cada año al presentar su renuncia irrevocable y escuchar lo que quería, sin él, el Sindicato Clandestino de Poetas iba a morir si no tenía a Tristán Saldarriaga Pro como capitán de ese navío poético.

María Clotilde Barnechea para curar sus penas se entregó a los brazos de un amor desesperado de un hombre joven tímido, de poca monta y bueno, que la consoló mientras a ella le cicatrizaba la herida. María Clotilde Barnechea no calibró el peso de su falta de temple de no poder soportar y afrontar las arremetidas que Tristán le hacía día y noche con su mejor artillería, hasta que se encontró sola y fuera del mundo poético, al que también se dio cuenta de cuanto extrañaba convirtiéndose en una adicta a escribir poemas, al

punto que perdió su trabajo como docente en la universidad porque el curso de economía que tenía su cargo la descargó en una catedra en donde llegó a declarar que el mundo estaba gobernado bien, o gobernado mal por la cantidad de poetas que la población tenía.

Si bien era cierto que en esa época no escribía poesía, la fiebre de la bohemia sin embargo la llevó a los disparates de escribir poemas mientras iba en los colectivos o cruzaba la pista, por esto fue que sufrió un accidente en una avenida principal al ser atropellada por un triciclo por su falta de concertación (concentración) en lo que estaba haciendo por el afán irremediable de querer terminar de escribir un poema que a ella le parecía que iba a ser su obra cumbre.

María Clotilde Barnechea, mujer trabajadora y encargada desde muy pequeña de hacerse cargo de su familia quedó presa en las redes de la poesía, fiebre que fue calmada de a pocas por su joven amante quien la cuido como si fuera una muñeca consagrándose íntegramente a su cuidado.

Era domingo, el sol limeño derramaba alegría sobre la ciudad, era la visita que le hacía al hijo muerto en el accidente de tránsito veinte años atrás, y frente al cementerio Presbítero Maestro la permanente feria de las flores que él empezó a recorrer buscado formar un ramillete para ponerlo en la tumba del hijo, Tristán se paró frente al quiosco que mostraba orgulloso elegantes tulipanes negros pero impresionado por su color intenso quiso tocarlos —se mira pero no se toca —escuchó. Levantó la vista y vio una sonrisa amplia, la vendedora con uno de los tulipanes en la mano se lo estaba ofreciendo sonriendo aún más —es tan negro

como tus ojos —le dijo Tristán con algunos colores de vergüenza en la cara mientras recibía el obsequio.

Tristán, en las noches sucesivas y entre sus desvelos intuía su próxima partida hacia Ecuador.

Su obsesión por la chola cuencana no había disminuido y, consciente de su realidad, pocos almanaques por consumir una vida de claridad literaria, porque notó que su memoria empezaba a tener baches, decidió vivir intensamente, por eso dejó a su corazón soltarlo al viento, y acucioso de las desventuras se metió de lleno en pensar en la vendedora del parque de las flores donde llegó anestesiado a los dos días leyendo el Romancero Gitano de Lorca y utilizando una nueva estrategia, pasar por homosexual ante las mujeres.

Al domingo siguiente frente al mismo quiosco preguntó a la misma vendedora de la sonrisa amplia por el precio de un ramillete de tulipanes negros.

—¿Son para su esposa? —preguntó ella, y aquí Tristán puso en práctica su nueva estrategia

—No, es para uno de mis amantes.

—Cómo así, ¿es usted maricón? —le dijo la vendedora.

—Sí, hace dos meses, y tengo tres amantes.

—Pero antes no lo era… digo maricón, antes no era maricón —dijo la vendedora para tener la certeza que Tristán estuviera entendiendo que su pregunta era solo por curiosidad, que en realidad así era, pues ella virgen aún no concebía establecerse en una relación sentimental con un desconocido.

—No, antes no lo era, pero ser maricón creía que eso me

gustaba más, que era lo que yo siempre había querido ser, pero... ahora que te conocí.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—Pero yo que tengo que ver con todos sus problemas —ella le increpó molesta y sorprendida de lo que estaba resultando la conversación.

—Sí, desde que te conocí, porque estoy seguro que tú te has dado cuenta...

—Yo no me he dado cuenta de nada —replicó ella tajante.

Tristán nunca supo, hasta esa fecha, la potencia de una sonrisa, única explicación para esa atracción que lo llevó a una cama de mujer. Y sucedió a los cuatro días de haberla conocido.

Con el cansancio por el despliegue amoroso de carnes, Tristán se había quedado dormido, pero al darse vuelta se encontró con la vendedora de flores de pie, desnuda y a un costado de la cama mirándolo, Tristán volvió a cerrar los ojos, y después de cuarenta dos años pudo dormir sin sus demonios de siempre. Cuando se levantó, su amante ocasional se había ido a trabajar, Tristán sintiéndose limpio y gallardo, se vistió acordándose de Paco Ojeda, y creyó sentirse un torero, caminó unos pasos para abrir la única ventana del dormitorio que daba a la calle, cerró los ojos y respiró profundo, luego se encaminó a la puerta y con una mano en la perilla y con la otra sosteniendo su capa y espada imaginarias se despidió con venia de torero de la vendedora de flores ausente, al cerrar la puerta por fuera

dejó en la cama vacía el recuerdo a fragancia de tulipanes negros de su cuerpo. Solo bastaron algunas horas para que Tristán caminará con otros aires, después de esa noche que agonizaba con las primeras luces del alba.

De la experiencia con la vendedora de flores vino la consecuencia de pensar que un recorrido literario era el escape ideal que funcionaría entre las nebulosas de su propio espacio, por eso empujó su suerte al aceptar la invitación de una joven mujer francesa y facinerosa que había caído en el embrujo de su magistral manejo del vocablo castellano.

La invitación formal, que le habría llegado por correo, lo tendría como invitado de honor para que dicte la catedra, Poesía Latinoamericana y su Influencia en el Continente Viejo, a llevarse a cabo en el Centro Coreográfico Nacional de Montpellier.

El día antes de partir, cuando por la mañana frente al espejo se aprestaba a rasurarse la barba enjuta, sintió los aleteos en las orejas de los murciélagos de esa noche que pasó con la vendedora de tulipanes —¡es un mensaje sin equívocos! —dijo. Dos días después ya se encontraba en Francia.

A Montpellier llegó con los aires de mozalbete, energía que lo encaminó a engancharse con su admiradora y responsable de la invitación, Marion Aubert, poeta del lugar quien con la obstinación de monja clarisa se hizo cargo de la traducción al francés de unos de sus poemarios. Tristán al sentirse iluminado por esto, se dio maña de mago antiguo y como en una celebración macabra fue con la poeta francesa a la cripta de Sara la Kali, la virgen beata de los gitanos en

Saint Marie de la Mer, para y durante tres semanas escribirle poemas con la fuerza en las manos de esclavo de galeotes españoles, "Sin culpa queda el cuore fémina de mis encantos prohibidos, rumbos inciertos y quiebros en las ilusiones delatan mi existencia sin raíces, no llego, solo de lejos miro al amor irse sin piedad, fintas sucedieron en la Roma, engaños de romance francés cabalgando la góndola veneciana es lo que me tocó, será por eso que mis ojos dibujan tu cara en la oscuridad de mis caminos y en cada recodo de mi descanso añoro el perfume de tu piel melocotón, de tus quejas de amante al filo de salir tu grito final, tu quietud invade ahora mi cuarto de alquiler pero, el chero de nuestro jugo de amor sacude mis pensamientos encadenados por tu nombre" -y lo escribió en sus vanos intentos de bajar la temperatura a su obsesión por la chola cuencana a pesar de la presencia de Marion. Pero todo se disolvió a los dos días cuando visitó cavernas prehistóricas en Nimes y quedar impresionado por las pinturas rupestres al ver un toro en uno de los murales, porque se vio a sí mismo clavado en el cuerpo con una daga, y pensó que así se encontraba viviendo desde que conoció a la cocinera, una eterna agonía. Se quedó dentro de la cueva y abrazó a la poeta francesa porque una lluvia intempestiva que desorientó a los expertos en clima lo encadenó a ver la cara de la chola cuencana por entre las ranuras de la lluvia hasta que volvió a vivir el sol, aunque con timidez. Al salir de la cueva sintió al corazón soltar un grito sordo, escuchó aullar la tarde y prosiguió su rumbo a la iglesia empujado por la desbaratada idea de rezarle a Sara la Kali, y mientras caminaba de la mano de Marion con cabeza gacha le pare-

ció ver en el suelo un poema escrito y a medida que caminaba lo iba descifrando en lengua de cristianos, "duermes y tiemblan almas juglares, me sacude el miedo de la sentencia del errante, ¡qué es madre mía que mi sangre clama la rúa¡ ¿es la guillotina certera porque me encuentro en el medio de la nada en este Saint Marie de la Mer?". Al día siguiente Tristán amaneció en los brazos de Marion en Saint Marie de la Mer.

Después de Marion su ego tomó posición y mando de su estima personal y, aferrado aún a su creencia que no había nacido la mujer que se pueda resistir a los encantos de su poesía, viajó a Lima, allí, la crema de poetas del Queirolo le rendía pleitesía con tan solo escuchar su nombre. Al llegar a la ciudad jardín y caminar esa misma noche por sus callejas hongosas y obedeciendo los impulsos de su corazón se apareció en el Queirolo, allí como siempre la banda de seguidores sentados en las esparcidas mesas que siempre esperaban su discurso para borrachos, quedó en silencio respetuoso y Tristán sorprendiendo a todos dio a conocer su teoría que la poesía no era la herramienta del poder, sin embargo terminó gritando —¡la chola cuencana tiene que ser mía o de nadie, carajo!—, y lo gritó sin sentir la obligación de explicar nada porque había nacido con el defecto de fábrica de ser poeta, y porque también en algún recodo de su historia estaba tallado el momento preciso en que renegó ser poeta, de ser un hombre de imaginación sin límites y que cualquier obstáculo sería nada, y se lo juró a si mismo siendo consciente que en pocos años se le acabaría el calendario de respirar en este mundo, en el que oscilaba

entre creerse dueño de sí mismo o ser un esclavo más porque se le había acabado la pólvora de seguir pregonando, "no soy dueño del mundo pero soy hijo del dueño".

A pesar de la continuidad de sus cuitas amorosas no lograba sacarse de la cabeza a la cocinera de la Mansión Guadalupe y ella que no sucumbía a sus encantos, no de él, pero de la contundencia de miel de sus poemas, y sentándose en un bar cualquiera, sin mirar a nadie porque le pareció que se encontraba solo en el mundo, se hizo de una servilleta ya usada para en medio de la marea del barullo de beodos escribir con un lápiz que sacó del bolsillo de su terno, "me vas a extrañar, no tendrás la alfombra que te hace volar al viento crucero con tus crines de india al viento, las luces omnipotentes ya no secarán tus ojos negros que perfila tu alma henchida al saber que no te taparán jamás ya mis besos, ni que esas esquinas volteadas serán las excusas para robarte un beso furtivo y oír a este tu trovador travieso que te hacía de miel este mundo infame y crudo y que te toca ahora solo mi recuerdo, ahora frío como el mármol a las penas verás como el carbón de parrillas de los sin techo cobran los colores insulares del arco iris, sí, mi acorde en garganta seca, mis manos por delante limando los caminos de penas y tropiezos, este tu aeda se aleja de ti para que veas como suena mi música de celeste con pinos silvestres adornando otras faldas, me perderé entre otros labios de lenguas extrañas a mis oídos y me dejaré cautivar, tú sigue, sabrás de mis caminos, que mi nombre aún va a tu flor de piel, ¡ah, pero cuando me viene el diablo y te adentres a mi mundo, sabrás que el corazón es rojo y que existe!".

Se acordó que era un orador eximio con recursos retóricos que hacían hinchar venas, y con ese estado del alma decidió regresar a Cuenca a la conquista de la cocinera, esta vez, no con deslumbramientos llevándola a restaurantes exóticos o sinfónicas, sino con el don elegante de un poeta disparándole a quema ropa un discurso demoledor donde le daría a conocer con endiablada diatriba de un amor atormentado por su indiferencia, porque Tristán a pesar de sus altibajos reconocía el peso solemne de la poesía en la historia, sustentando que el poema era el único instrumento capaz de regenerar a la humanidad que se estaba yendo al hueco prehistórico de su clamorosa historia, pero que al final, el infortunio era un himno a la vida, un himno a la cultura y el triunfo del amor imposible que, lo dijo con los dientes apretados pues no lograba separar a la chola cuencana de su vida, lo había intentado todo menos el usar algo que le era tan de su esencia, su magnífica lengua de mentiroso con la que había logrado grandes victorias.

Para eso dejó Lima y viajó a Cuenca. Y llegó el día, un evento literario donde él sería el orador estrella quien cerrara el rosario de poemas leídos por los poetas más renombrados de la ciudad de Cuenca, donde ya había marcado territorio.

De terno color chocolate, zapatos gamuza del mismo color y corbata roja se apareció en la Mansión Guadalupe después de aletear al despertar temprano esa mañana sintiéndose ya ganador, pues su discurso empezaba con tinte de drama griego —tengo que confesar que estoy enfermo—, dijo al ver a la chola cuencana sentada en primera

fila y acompañada de su amante de turno. Tristán ya lo sabía, su corazón se lo había dicho hacia algunas noches pero él, terco como adolecente enamorado, había cerrado sus oídos a la voz interna, "ella no te quiere, es más se burló de ti, siempre se burló de ti, desde que te conoció". Y ella sentada solo a cuatro pasos y medio del proscenio, sonreía mientras entrelazaba sus dedos de la mano izquierda con los de la derecha de su amante, quien sereno miraba al vacío sin pronunciar palabra desde que se sentó impresionando de manera especial a Tristán. Se trataba de un indio alto y más bien escuálido con prestancia de gran señor a pesar de su mirada humilde que Tristán se atrevió a pensar que era lo que más cautivaba a las mujeres. El indio, de traje oscuro y zapatos marrones daba a conocer con claridad su procedencia campesina, a pesar de haber sido vestido prácticamente por la chola cuencana a quien le había crecido la intención sólida de vislumbrar a todo el circuito poético cuenqueño mostrándolo en cuanta ocasión se le venía a bien, ella no entendía de poesía pero se había prendido del indio por su candela de camas, éste de pronto alzó la mirada para fijarla sobre Tristán que, al sentir la lanza envenenada disparada desde sus ojos de indio, inició el temblor en sus manos por lo que desistió de seguir leyendo lo que había preparado para su discurso, el amante de turno de la cocinera con gesto del campo también obligó Tristán a soltar el fajo de hojas viéndose éste en la necesidad de improvisar su discurso a su ton y son. Y Tristán se animó. El indio durante todo ese tiempo lo no lo soltó, lo seguía con la mirada sin compasión por entre los pequeños detalles que salían de las muecas

desesperadas de Tristán, y no le daba esperanza a que se tranquilice, y así lo siguió durante todo el discurso, Tristán a pesar de su experiencia no podía desenvolverse como siempre, especialmente en esa noche que era la declaratoria de una vez por todas de su amor por la chola cuencana, pero se había encontrado con un himno de guerra por parte del amante indio, de pronto a Tristán se le ocurrió retomar el control de su discurso repitiendo las primeras palabras, —tengo que confesarles algo, estoy muy enfermo—, la audiencia calló, solo se podía escuchar el zumbido de un moscón extraviado, —...padezco de Cuenquintivitis Aguda —agregó. El público acusó recibo y los asistentes emocionados se pararon de sus asientos aplaudiendo sin descanso, el indio ajustó la mirada contra Tristán, quien en el estrado recuperaba el mando perdido minutos atrás, y miró a la chola cuencana con desprecio cuando ella se iba colgada del brazo de su indio, y sin pedir permiso atropellaba en su salida a concurrentes quienes sorprendidos no atinaban que decir, Tristán aprovechó la confusión para seguir con el discurso demoledor ya impregnado en su mente "¿por qué caminas y a veces ruedas pena mía" continuó Tristán con los ojos vidriosos, "que te siento a lo lejos, y por qué vericuetos vagas tratando de distraer a la parca, allí donde fue nuestra partida..?" Y levantó la frente y los brazos dirigidos hacia el pasadizo de salida por donde la chola cuencana iba desapareciendo junto con el indio para proseguir como avizorando "no, no me lo digas, es bueno seguir la ruta con pan en el bolsillo sin mirar lo oscuro de lontananza", y lo dijo remarcando cada sílaba pero sin atreverse a mirar a nadie pues

sus preguntas mojándose por entre la cortina de sus lágrimas celestiales en el verdor de la pradera de su mundo inventado se perdían en las aguas grandes de su confusión como si fueran su instinto natural, y ahora sintiéndose en la libertad de ser poeta venían creciendo sus ojos siderales antes de saludar al sol, sólo veinte años en su cuerpo roble por dentro, porque afuera era un anciano viviendo con su piel que lo llevaba a la meditación de monje medieval, ahora ya sin control, separó la mirada de todo lo que lo rodeaba para seguir con su discurso de corazón, y por momentos cerrando los ojos, por eso sus divagaciones, por eso a veces su caminar sin prisa, de pronto buscando los ojos ausentes de la chola cuencana se le ocurrió decir —al salir de su castillo de Reina ausente—, y ahora sí, mirando a los asistentes que decidieron quedarse después de la confusión continuó —... se topó con el ciego que profetizaba los amores escondidos disolviendo los nombres de los amantes en jugo de claveles, y le preguntó por los latidos de su corazón, el ciego, después de escucharlo le dijo el nombre de la fémina y que lo esperaba en las cascadas a las afueras del pueblo, está en el jardín embrujado, presta atención porque lo cuida el ciclope huido de sus terrenos al caer enamorado de una cierva noble y éste, al saberse mal correspondido sentó sus reales en el jardín haciéndolo suyo, el resto dependerá de las fuerzas de la voluntad de la sinrazón porque es eso, y nada más que eso, lo que sale en bruto de nuestra masa roja y palpitante. El Poeta, quiso regresar por su monta Pegaso, que sabe volar con viento en contra, pero desistió, quería hacerse del nombre de esa mujer que no conocía sino en sus sueños de

ojos abiertos cuando la alondra cantaba en sus noches de infortunio, y siguió a pie y descalzo para sentir los pasos de los duendes que lo ayudaban con la hoja de ruta. Al final sólo encontró la cascada sin agua y regresó cargando a Lucifer en sus espaldas y en la boca el sabor ácido de un viñedo agonizando—. Ya a Tristán nada lo paraban, no el indio, no ochenta y dos años, ni sus depresiones sanguinarias que lo postraban en cama por días, "entendió entonces la importancia de sus manos más que del corazón para sujetarse entre las ramas silvestres y llegar a su meta, que supo allí mismo no existió jamás, una o dos veces cayó, es cierto, sobre el camino de tripa empedrado de pequeñas y elegantes piedras, pero el tesón que tiñe a los desvalidos le otorgó la complicidad con la vida a darse más tiempo, quería en el fondo caminar hasta la vera du mar, respirar el ardor del sol omnipotente, tocar el misterio que hay al terminar la línea del horizonte naranja en los atardeceres de su Malabrigo," dijo acordándose del puerto de su tierra norteña, "se le atravesó la loca idea de que la Parca no ganaba nada llevándoselo ahora, ahora que sabía descifrar el aroma de las flores y sentir en el tuétano el dolor clamoroso de un huérfano de guerra, y se levantó una, y otra, y otra, y otra vez para alzar el puño a los aires celestiales y preguntar la falta cometida, encontrar un culpable, del que se sabía muy lejos y ajeno porque tenía el pleno conocimiento que no era de él, él era el gladiador ordenado por el emperador Cicerón a matar cristianos y leones heroicos. La cabeza ya no le servía para lo que había sido diseñada, no razonaba, la masa roja y palpitante se había apoderado de él y de su destino, fue fácil

entonces llegar hasta esa metáfora de poeta, pero de pronto lo sacó de sus caídas el trueno enloquecedor de las sierras que con sus relámpagos le quitaron para siempre la oscuridad a las noches, y el mundo cambió, ya no había a su alrededor sino los venados distraídos jugueteando en los prados, los peces saltando entre las crestas de las olas, los nombres de las cosas habían desaparecido, todo era primavera con su verdor en las praderas y sus dulces de almíbar colgando de los árboles, no necesitó levantarse de ninguna caída, y caminó erguido hasta alcanzar el mirador del mundo, y vio con asombro de niño que las viñas daban de mamar a la esperanza. Tuvo la certeza allí mismo que no podría morir jamás!". Ahora bajando la cabeza continuó, "A esa ahora, en su castillo sin Reina y a solas, le zumbaban las orejas las mariposas rosadas del jardín moro, y con los temporales latiéndole buscó en su pupitre antiguo cartas y papeles disueltos en recuerdos mal construidos", levantando la frente de a pocos a Tristán le venían las palabras que se le salían solas... Y allí estaba, el poema perfecto escrito en tinta invisible pero que él pudo leerlo con ojos de aeda y con altanería creyéndose ser el autor, y se paseaba por entre los cobertizos secretos, por entre corredores misteriosos tumbando retratos de reyes caídos y corazas de caballeros del medioevo, por entre la caballeriza de alazanes árabes, por entre los chiqueros de la servidumbre noble para llegar con el atardecer a la bodega sagrada del vino prohibido, se sintió curioso por no percatarse de su hoja de ruta inconsciente, hasta que el perfume del jugo grana lo detuvo para escoger con los ojos tranquilos un tinto entre las telarañas

del tiempo, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, y oró aún con el pedazo de papel en blanco, sudó su calvario en solitario, escondió el papel debajo de su cinto, adelantó ambas manos después para robarle al infortunio la botella escogida, limpió con cariño el polvo sideral que la cubría y se lo llevó como a un recién nacido a su habitación de héroe herido para abrir la gloria del buqué con la esencia de Anatolia y su pergamino de primer vino salido del Arca de Noé para incrustarse entre los vapores de Baco, y sin mentiras. Y así, a lo crudo lo encontró el chorro de luz que se filtraba por la ventana, porque se había tomado el riesgo de vivir feliz enmudeciendo la razón, así había corrido su almanaque joven persiguiendo su quimera de falda en falda y entre los vapores del vino generoso y del sure, ese que disfraza los fracasos, aquel que tiñe las desgracias con el chisguete lavanda de carnaval

Barranquino, porque el ventosillo marino salido de las crestas de olas nocturnas dominaba todo raciocinio, porque éste se montaba sobre el sentimiento puro encima de la conciencia y uno se entregaba al frenesí pagano, aún en muchos casos sabiendo las consecuencias. El poeta se paró de pronto lleno de entusiasmo, y enamorado de la vida vio la estrella fugaz que enloquecida buscaba donde reposar sus alas, se enfrentó al nombre de mujer, un palmazo en la frente para despertar al dormido loco de su dentro, y estaba despierto, y ante sus ojos persistía moviéndose, ese nombre de mujer, ¡alto, es ella, y es de carne y hueso! —la realidad de los sueños existían después de todo, una masa que podía verla a corta distancia y con forma, ¡una masa! —se dijo.

Porque no se movía, pero tenía la cara que él había dibujado en su imaginación, y que lo tejió desde antes de aprender a caminar, era la grandeza de la obsesión que no conocía límites, y estaba allí, los pies no obedecían porque él luchaba para romper el movimiento inicial y poder tocarla, arrodillarse ante sus muslos gregorianos y oler su triangulo manantial de cerca con verdades de varón, y no de amante ocasional sino del que sufre por vergüenza de amar a un fantasma, y si lo obligaban a descubrirse, de amarla desde antes de haber nacido, y ahora no había para donde correr, estaba arropado con el embrujo del misterio que da la vida a retazos y castiga lacerando todo hálito de esperanza de un solo tajo con el desprecio, con el ignorar su existencia porque así bebía sus noches de insomnio cuando la seguía tejiendo en su mente a esa figura de mujer que era suya porque él la había hecho para él y para nadie más, y que le pertenecía por antonomasia, y en el medio de su mar profundo le asfixió la mística del amor puro".

Terminó Tristán empapado de sudor, había borrado mentalmente gran parte de las hojas con su discurso, se quitó los lentes de anciano tierno con sus lunas empañadas porque quería verle la cara a la chola cuencana olvidándose que ella ya no estaba allí para escucharlo, imaginándose que había esperado pacientemente a que Tristán terminara, aunque para ella fuera solo parte de un número de circo barato, pero la chola cuencana sí había dejado el recinto colgada del brazo de su amante campesino, allí mismo Tristán acabó de comprender que hay cosas inalcanzables, inclusive para un poeta.

Al indio, que había sido expulsado de su comunidad por no poner la fuerza de sus músculos para trabajar la tierra de sol a sol, se le descubrió, por accidente que era debido a su pasión por escribir poemas todas las noches por lo que llegaba cansado a la faena diaria. Se llamaba Anatolio Suquer, quien mantuvo en secreto sus poemas enterrándolos bajo un sauce llorón en una caja de metal. Eran en realidad poemas crudos de amor dedicados a la hija de su patrón, porque él sabía que sería imposible siquiera sostenerle la mirada al acercarse a ella, Rosaura, una criolla de cabello negro y lacio y su piel de cera ensuciaría su belleza sino fuera por lo rosado de sus mejillas que se hacían más nítidas bajo la lluvia, así por lo menos el indio pensó cuando la vio por primera vez a la distancia de animal de monte escondido entre las matas de buen tiempo cuando ella se había sentado para revolotear con los pies las aguas quietas del río Guatapurí.

Desilusionado una vez más después del evento en Cuenca, Tristán viajó a Lima con la sólida intención de presentar un trabajo sobre García Márquez. Tristán nunca se lo había dicho a nadie porque en el fondo se creía la Quinta Esencia, el inventor ya no de la poesía sino de la palabra, pero en el escondrijo de su pequeño mundo navegaba solitario y orondo su pleitesía y admiración sin límites por el famoso escritor, por eso era que guardaba en la bóveda secreta de su memoria lo que se repetía cuando ya no le alcanzaba la imaginación, "Mariposa amarilla, ¿Gabo, una conversa? ¿un cuento nuevo? ¿un respiro entre huesos octogenarios que huelen a cementerio? Tú y tus putas despertaron tertulias de cristales, decían de ti Gabo que perdiste el pon-

cho serrano, el liquilique tropical y la chaveta de puertos, decían que tu verbo endiablado cautivaba tarántulas, decía también del aroma de café en la finca Victoria, a media caña de los nevados perpetuos de Santa Marta, que escuchaste desde aquellas alturas con Ulises a las ninfas del Parnaso, y eso te bastó, porque ellas también rindieron sus encantos de cantos hechiceros. Qué más dicen de ti, Gabo, ¡ah! ahora te cuento el cuento que escucho en la penumbra, viene fácil, es el conjuro de aliviar penas y glorias falsas y a destrozar esas guerras de razón ciega, y me dice que existe el amor navegando en el Magdalena, es que salta del Vallenato el néctar de los vivos que conversan con los muertos que no murieron nunca...como tú".

Y entre serpentinas de pulpa de malta y aroma de tintos imposibles florecieron los recuerdos perennes de esa admiración de hierro forjado en el yunque del tiempo y en la memoria de Tristán.

El evento que preparó con tanto ahínco fue todo un fiasco porque se peleó como niño malcriado dos días antes con Azucena San Miguel, quien era en realidad la que tenía el poder de convocatoria, así cuando Tristán se presentó solo en La Casa de la Literatura de Lima se dio con las puertas cerradas y con un cartel que decía, "Al señor poeta Tristán Saldarriaga Pro se le prohíbe de ahora en adelante utilizar este centro cultural. Gracias. La administración". Tristán con el huracán de la bronca que se lo comía, tomó un taxi para dirigirse a la casa de Azucena San Miguel, su colega y hasta hacía poco, su amiga, a quien siempre quiso tenerla en su cama. Ella misma le abrió la puerta, y sin decir nada dio

media vuelta para regresar al patio que era la antesala dejando la puerta abierta, Tristán sorprendido de la frialdad del recibimiento, callado entró. Una vez en la sala Tristán, por más explicaciones que dio no consiguió disuadirla que le perdone, primero, sus exabruptos y sus ademanes de bestia, pidiéndole después que le organice la presentación cancelada que él sentía vivir en sus venas como la última oportunidad para definitivamente conquistar a la chola cuencana. La constante negativa de Azucena San Miguel era de piedra, no se movió un milésimo de su posición inicial y Tristán no tuvo otra que salir de la casa con las manos vacías.

Se retiró de la casa de Azucena San Miguel pensando, ya no voy a involucrarme con ninguna mujer, ya me cansé de comerme el mismo error, y con su sentencia dada de propia voz se fue solo caminando sin saber a donde se dirigía, de pronto lanzó palabras al viento, ¡rumba solitaria en medio de arena movediza, es el calendario perenne de mi travesía de juglar sin bandera, y expatriado vago por el mundo con alforja llena de ilusiones que si bien se le mira son solo eso, ilusiones, alimento del alma aeda, paja de poeta al fin y al cabo, y sigo terco a mis raíces sin renunciar a mi destino, sin nada, sin mi navaja de truhan! ¡qué fue el pecado capital que vive perenne como guillotina sobre mi cuello de toro de lidia! ¡este mi cuerpo que fue tostado de color naranjo por la fuerza del tiempo de peregrinaje, por la fuerza de la historia que no tiene fin a mis años de octogenario, por la sentencia de deambular por los caminos en este mundo de gente extraña a mi querencia, donde no hay alegría de playas con lontananza infinita!

Su brújula interna lo había llevado hasta su casa donde sin saludar a su mujer que se encontraba cocinando ni a su hijo jugando con sus hijos en la sala, se fue a su habitación donde empezó a escuchar la voz de la chola cuencana cantando pasillos sentidos, paró los oídos salió al balcón de su habitación y escuchó la música nítida, pero no era la voz de ella, decepcionado fue a su cama, y antes de acostarse se fijó la hora en el reloj cucú antiguo que le dio las dos y cuarenta y tres de la madrugada. Era jueves y al apoyar la cabeza sobre la almohada y cerrar los ojos, el canto de un gallo confundido por la bullanga capitalina interrumpió la noche, la música se reinició con sus notas tristes perturbando la noche y Tristán que no pudo dormir se resignó a la sentencia de ver la cara de la chola cuencana desde los distintos rincones de la habitación sin su voz entrando por el balcón, dieron entonces las cuatro y veinticuatro de la mañana y Tristán admitió su derrota y lloró después de cincuenta y un años cuando perdió a su hijo en un accidente automovilístico, fue un llanto silencioso, parecía un muerto sudando sus culpas y se quedó dormido por el cansancio de la tristeza hasta las once de la mañana, que fue cuando la mujer de la limpieza entró como un torbellino y, sin sentir piedad por su desvelada de amor rechazado abrió sin compasión las dos hojas del grande balcón para que deje entrar la alegría del sol.

Tristán se había levantado para tomar desayuno con un traje blanco fuera de estación, calzado con zapatos de cuero volteado canela, un nudo Wilson con corbata del mismo color que lo ahogaba por momentos, y un sentimiento de

bienestar le abrió el apetito pues con ese atuendo se sintió más que un gran señor, se sintió un poeta, un guerrero que había perdido la batalla, pero no la guerra.

Y bajó del segundo piso donde se encontraban los dormitorios para dar los buenos días a quien lo escuchara pero sin importarle la respuesta de cortesía, tomó un café colado por él mismo con un pedazo de tela, y dio algún mordisco a un pedazo de pan con queso serrano, ya la chola cuencana se encontraba a la distancia que él se había trazado, a la distancia del amor, línea invisible entre lo real y lo imposible, en lo que ella al final se había convertido, y él en un etéreo, un gaseoso, pero con su carga de destino irremediable de vivir junto a ella los últimos respiros de su existencia, y lo que es más, momentos antes de recitarle a todo pulmón la esencia del poema perfecto

Y así elegante salió a caminar y esperar la noche caminando mientras la locura lo envuelve de piel con sus poemas alborotando su alma, la imagen de la chola cuencana ausente le quema el pecho a la altura de los sentimientos, llegó la noche y lo encontró con trancos apurados para meterse en un bar cualquiera, al primero que se le puso en la mira y allí sentado y sin pedir nada al mozo escribió un poema en una servilleta, luego la dobló sin miramientos convencido que todo estaba allí y la metió en el bolsillo del saco para después salir a la calle pensando en Azucena San Miguel, la última esperanza con suspiro propio que podría regresarlo a la cordura cristiana. Tomó un taxi, dio la dirección al chofer y permaneció mudo durante todo el trayecto y solo dio indicaciones con pocas palabras antes de llegar —déjeme

en ese portón marrón —dijo, el chofer así lo hizo, Tristán desde el asiento trasero alargó el brazo, pagó al taxista, éste sin hacer mueca recibe el dinero, Tristán se apea del taxi para después verlo irse, mira al cielo, exhala la niebla que colindaba con el malecón y toca el timbre.

Azucena San Miguel abrió la puerta cuando sintió el fogonazo del timbre porque fue diferente a lo acostumbrado, era las doce de la noche y cuarenta y dos de la madrugada, ella se levantó, frunció el ceño, y al acercarse a la puerta olió la carne descompuesta por amor mal correspondido y supo el nombre de la mano que tocó el timbre, ¿otra vez tú? —dijo Azucena San Miguel cuando abrió la ventanilla del portón sorprendida aún de verlo de regreso tan pronto. Tristán quedó callado.

—¿Qué quieres? —le increpó ella, esta vez.

—Dormir —contestó él con frialdad.

—¡Tristán, este no es un burdel! —dijo ella mientras abría la puerta y con la mano derecha en la cintura.

—No importa, duermo sin putas también.

—Bueno, pero solo esta noche, y no hagas bulla... tengo visita.

—Sabré comportarme a la altura de los caballeros.

—Con que te comportes como un campesino me basta —respondió Azucena San Miguel dándole la espalda para dejar que él la siga hasta entrar a la sala, y desde allí dijo: cierra la puerta y pásale el seguro.

—¿Y tu visita? —preguntó él mientras la seguía.

—De eso no te preocupes —le dijo sin voltear. No ronca.

A Tristán le bastó solo con el tono de voz para darse cuenta que allí solo le esperaba una cama vacía.

El muralista Roberto Bravo se encontraba cansado después de un largo viaje desde Francia, donde había terminado de pintar el mural en una casona a las afueras de París. En su primera noche en Lima se encontraba en su atelier sentado en el suelo con un vaso de vino en la mano izquierda y sosteniendo con la derecha la foto de la chola cuencana que su amigo Tristán le había pedido que pintara en tamaño natural. Se interesó por la mujer de la foto, pero la tiró por detrás y mientras esta aterrizaba en el piso sobre algunos lienzos a medio terminar se ponía de pie para irse a la cama a dormir.

Al día siguiente prestándole más atención a la foto es que la encontró fascinante, tenía un algo la mirada de la chola cuencana que llevó al pintor a un ritual jocoso y nocturno, colocar la foto al pie de la ventana del atelier y rezarle como ateo arrepentido. Pero necesitaba una modelo y no sabía cómo ubicar a la chola cuencana pues Tristán no le había dado mayores detalles de ella. Y se presentó en la casa de Azucena San Miguel sin saber que la chola cuencana vivía en Ecuador y no en el Perú. Había decidido ir a verla por ser muy conocida en el mundo literario y artístico y tal vez ella podía darle una pista de cómo llegar a la cocinera de la Mansión Guadalupe.

Cuando Azucena San Miguel, le abrió la puerta el pintor le dijo el motivo de su visita y a medida que le iba relatando toda la historia de la chola cuencana y Tristán, Azucena San Miguel lo escuchaba con atención como metida tam-

bién en la historia ajena a ella, el pintor seguía contando y ella seguía escuchando, de pronto era tanto lo de las flores y las loas para alguien que ellos dos no conocían que ella de pronto soltó un torpedo —¡y yo aquí dónde entro!—, el pintor paró de pronto de hablar de corrido como lo estaba haciendo y sin saber que contestar alzó los hombros para decir —no sé, pensé que tú siendo amiga de Tristán...—

—Sí, amiga de él, pero no sé nada de esa mujer de la foto.

—Entonces no la conoces.

—¡Ni en pintura! -dijo para dejarlo solo mientras iba a la cocina a calentar agua en una pequeña tetera.

—¡A ella la pinto así se tuerza la suerte en mi contra! —gritó el pintor levantándose de su asiento.

—¡Carajo! —dijo ella regresando de la cocina con una taza de café al verlo con la cara descompuesta y con ojos fuera de sus órbitas—. ¡Ni que fuera la Mona Lisa!

Pero ya era tarde, el pintor se sentía clandestino del arte, un clandestino de sus murales de ensueño, y de su vida entera si es que lo ponían contra la pared, algo le estaba sucediendo, aquí fue que se dio suelto de huesos a desviar el destino de todo el universo, cambiándole de sitio a las estrellas prometiéndose a sí mismo pintar a la chola cuencana así fuera en medio de la bruma de no conocerla y así tenga que respirar en medio de una atmósfera adversa. Azucena San Miguel, se apiadó del pintor y guardó silencio respetuoso dándole tiempo a que salga de su fiebre temporal porque el hombre que tenía al frente ya no escuchaba, para él no había nadie en ese momento porque ni a Dios se le hubiera

ocurrido estar en el estado de gracia en el que él se sentía, lleno de rumba pura, la expresión del pueblo, saboreando la esencia del majar blanco y, sintiéndose en ese nivel del éxtasis le parecía que ya no necesitaba a nadie para pintar a la chola cuencana, es que todo en él vibraba, pero a la insistencia de Azucena San Miguel a que recibiera la taza de café lo regresó a la realidad, no podría pintar a la chola cuencana solo con la foto, tenía que tener una modelo. Y en ese éxtasis fue que se decidió pedirle a Azucena San Miguel a que pose desnuda. Pero todos sus argumentos, que ella los encontraba pueriles, cayeron en saco roto, esto no bajó la vehemencia de Roberto Bravo encaprichado en convencerla a posar desnuda por lo que se le ocurrió mentirle y le dijo que era para un mural de la fachada de la Casa de la Cultura, contrato que él ya había firmado.

Azucena San Miguel, a la tanta insistencia del muralista con billetes en la mano cada vez que iba a visitarla, terminó por concederle un, tal vez, que a los dos días se convirtieron en un sí rotundo. Fue así que el pintor solo al día siguiente llegando a la casa de Azucena San Miguel armado con su caballete en la espalda y el morral lleno de pinceles y estuches de pintura, tocó el timbre, ella abrió a puerta, vio en sus ojos la decisión de orate de pintarla esa tarde y no parar a hasta acabar el cuadro, y sin decir palabra lo dejó pasar, cerró la puerta, Roberto Bravo la siguió, llegaron a la sala, ella fue a su habitación, se desnudó decidida para luego ponerse su bata de copetinera de muchos años atrás y al salir preguntó, —¿dónde me quieres?—. Él con los ojos le indicó el sofá grande bajo la ventaba colindante con el

jardín por la que tantas veces ella había sido visitada por un colibrí, se echó sobre el sofá pero él dijo enérgico —¡no, como viniste al mundo!—, Azucena San Miguel se levantó, dejó que la bata se caiga sola y volvió a recostarse en el sofá, el pintor se le acercó pero antes que él la acomodara a su gusto, ella preguntó: —¿dónde está el dinero?—.

—No tengo dinero conmigo ahora, el arte no va con la plata

—Pues yo no soy artista

—Sí lo eres, eres poeta.

—Nosotros los poetas también comemos, Roberto -dijo ella con tranquilidad.

—Bueno, está bien —contestó el artista y fue en busca de su morral para sacar un fajo de billetes que se lo dejó sobre la mesa del comedor.

—Ahora sí estamos hablando en cristiano —dijo ella.

El pintor con ademán molesto no contestó, pero acercándose a ella le acomodó los brazos por encima de la cabeza como sirviéndole de almohada.

—No cierres los ojos —dijo. Y tampoco cruces las piernas. —Usted manda maestro —contestó ella coqueta.

El sol apretaba afuera, Roberto Bravo se paró a esperar la sensación de volver a ser dueño de su cuerpo, estacó el caballete mirando a Azucena San Miguel, desdobló el lienzo que extrajo de su cosas de pintor, la impaciencia le daba lucha mientras crucificaba la tela en el caballete que lo acomodó a la altura de sus hombros, dejó en el suelo y a su alrededor tarros pequeños de aceites y tubos de pinturas, pero ya listo para iniciar la faena y con el pincel en la mano

quedó de pronto inmóvil como una estatua griega frente a la tela vacía con un incómodo cosquilleo en la entrepierna, dejó que la sensación recorra sus venas, los músculos se fueron desasiendo de la rigidez mientras sus ojos empezaron a ordenar pintar lo que sus dedos no podían, una fiebre repentina que vino con fuerza desde el fondo de sus entrañas impulsó su imaginación, salieron entonces los primeros trazos con la mano derecha, a la modelo del pintor le crecía el cabello y en desorden caían sobre sus hombros, su piel tomaba un color lechoso, sus ojos oscurecían como dos aceitunas, la misma sensación que tal vez sintió Tristán al ver la foto de la chola cuencana por primera vez, de pronto en esos momentos Roberto Bravo vio en Azucena San Miguel la mirada a la nada, ¡era eso, la mirada al vacío, la chola cuencana no tenía nada dentro! era ese vacío de la desesperación que hacía salir a flote a los que se prendían de ella, entendió entonces un poco la obsesión de su amigo Tristán por querer tener un cuadro tamaño natural de ella, y no le importó saber más, ya tenía el pincel en la mano y los dedos se deslizaban solos, pero el tamaño del cuerpo de Azucena San Miguel cambiaba de forma después de cada trazo en el lienzo y así no podría terminar de pintarla nunca, el miedo lo capturó, el pintor se llenó de pánico, Azucena San Miguel se levantó asustada, no sabía lo que estaba sucediendo, se acercó para ver al cuadro y vio el lienzo totalmente vacío, Roberto Bravo seguía inmóvil frente al caballete, ella atónita y desentornillada del sillón miraba a su alrededor buscando una respuesta, no era inclinada al dinero y vivía al día pero bien, y no comprendía exactamente

que hacía allí desnuda en las puertas de su otoño frente a un pintor descalabrado de la razón y que se dedicaba a viajar sin destino fijo. Sonó el timbre, ella por inercia fue desnuda como estaba para abrir la puerta y una patota alegre irrumpió la casa, sin saber cómo Azucena San Miguel vio que uno de los alegres, sin importarle que se encontrara desvestida, traía sobre el hombro travieso una barra de acero que al instalarlo en el medio de la sala trajo abajo el caballete quitándole vuelo al pincel del artista quien montando en cólera se apresuró a cerrar la puerta para que no ingrese nadie más, pero ninguno se percató de su enojo y abrieron el refrigerador introduciendo en su vientre iluminado las cavas de reglamento para la celebración, de lo que fuere, lo importante era celebrar, Azucena San Miguel acostumbrada a los exabruptos de su círculo de amigos no se inmutó y fue de prisa a su habitación para vestirse mientras escuchaba las copas de vidrio anunciando que algunas de ellas ya quedaban sin vida, cuando regresó a la sala, su casa se había convertido en una tómbola de pueblo con una de sus amigas colgándose de la barra al puro estilo de puta de discotecas, hombres descorchando botellas de vino esperando que las cavas lleguen a su punto ideal de temperatura para brindar por la vida, sus dos mascotas asustadas por la parranda de negros se habían refugiado en el rincón más oscuro del jardín, el caballete con el cuadro sin empezar era pisoteado por los espontáneos danzantes, y Azucena San Miguel cayó sin clemencia por el piso, la música tropical salpicada, con otras de rumbas gitanas, sentaban sus reales en esa noche de brujas, las horas pasaban sin darle respiro al reloj con una

de las visitantes que se culebreaba a sus aires en la barra de acero mientras unos aplaudían y otros seguían la lírica de la canción que salía alborotada de la radio indefensa.

Mientras, Roberto Bravo en medio de las calles, después de haber dejado la casa de Azucena San Miguel sin su caballete, pinceles y chisguetes de pintura, sintió el frío que la noche soltaba a sus caminantes y caminaba con sus murales alborotándole los pensamientos, la imagen de una mujer a quien no conoce le quema el pecho y siente el fragor entre la garúa de la muy limeña y hongosa Ciudad Virreinal mientras sus pasos lo llevan al centro de la capital, divisa el bar Queirolo una cuadra antes entre ladridos de perros de callejas y riñas de putas, el vaho del comienzo de la madrugada obliga alzar la solapa del saco de su gabardina dejando atrás el cuadro sin empezar de Azucena San Miguel, otro rasguño del desorden de su vida azarosa que solo la esperanza de un regreso a una oportunidad más de poder pintar a la chola cuencana lo mantiene de bujía, rechaza compañía para la soledad que encuentra dos pasos antes de entrar al Queirolo, lleva la prisa del volcán de un mural en ciernes que le zumba en el cardán de la chumacera, fiebre repentina le sube, con voz de general ordena por media botella de tinto y el reglamentario jamón norteño sentándose en una silla sin color definido bajo el umbral de la Casa de Cartón, Martin Adán le alcanza un lápiz bohemio y una servilleta humilde donde repose algún bosquejo incierto, la fiebre baja de a pocos y posa la vista en el escenario que dejó en la casa de Azucena San Miguel con su caballete por los suelos, pinceles y chisguetes tiñendo de pintura piso y si-

llones avergonzados que soportaban el peso juguetón de los visitantes, Roberto Bravo sin sus herramientas de ganarse la vida podía escuchar el crujir de sus dientes pensando en la cocinera, "Te siento inflamada en la bisagra de tus gambas, muerdo la cuenca de tu cuello tibio, mi mano pierde el equilibrio de la decencia y baja por tus ranuras posteriores, dejas de luchar con tu decoro de moza pueblerina y entro con mi varón armado por delante, tú, ya hecha al momento tiras la cabeza por detrás y el olor fuerte de hembra herida que dejas salir, tiñe de sexo todo el aire del bosque sin nombre ni perdón de Dios". Cuarenta minutos pasaron, terminó su vaso de vino, y el pan con jamón norteño, la fiebre se ausentó y se fue del Queirolo sin pintar ningún bosquejo en ninguna servilleta.

Azucena San Miguel ya estaba vestida y coqueteaba con el que se le ponía a tiro después de algunas alegres copas de champaña, el pintor que había regresado a su casa para hacerse de sus materiales, entró al abrir la puerta uno de los tantos visitantes alegres por la parranda no importándole quien entraba, y le fue fácil llegar a la sala y, mientras recogía los pinceles y chisguetes del piso fue embarrando el lienzo vacío con la palma de sus manos hasta dejar su huella de haber estado allí, y la chola cuencana no, y salió esta vez despacio pero olvidándose a propósito lienzo y caballete. Un día después del jolgorio es que se pudo ver a Azucena San Miguel perdida en el limbo de un lienzo pintarrajeado y colgado en la pared de la sala.

Roberto Bravo a los pocos días con su pasaje en la mano hacía su cola frente al mostrador de una aerolínea para salir

del país. Y se fue nomás a París a pintar un mural sin señalarse fecha para terminarlo. Pensó que nadie cambia que nadie puede ser otro de la noche a la mañana y con ese temperamento de artista de murales es que se fue del horizonte de la vida de la cocinera sin haberla conocido y dejándola a merced de un cazador de lobas como era Tristán que alistó sus armas de bohemio para engañarse a sí mismo pensando que así podría olvidarse de la chola cuencana.

Una vez en París a Roberto Bravo no se le ocurrió otra cosa que cambiar el bosquejo, uno de tinte religioso, que ya tenía hecho para cumplir con su compromiso de pintar el mural, y pintó a Azucena San Miguel desnuda en el sofá, y lo hizo de memoria intacta producto del vértigo de su impotencia cuando fue interrumpido en la sala por los amigos de fiestas de ella, y ahora trepado en el andamio masticaba las palabras disueltas entre pinturas y pinceles —buscaré —empezó diciéndole al mural. —Mis propias huellas de macho sin nombre—. Levantó la frente y el bosquejo despertó en él la furia de su alma hueca, quiso dar unos pasos y el andamio se inquietó para desestabilizarlo, no quiso recordar a ningún amigo que le ayude a cargar esa cruz invisible, y empezó a dibujar de naranjo el cielo raso para que le dé calor a su mundo tan de repente lleno de frío y que se alejaba de su propio eje porque sentía que el cosmos ya no atendía a sus ruegos, que la lluvia que salía de sus ojos pare, porque sin terminar el lienzo en la casa de Azucena San Miguel no podría torcer el viento a su favor, y sintió que sus huesos perdían control mezclándose por dentro con viseras y páncreas, el bulto se formaba en la espalda, inclina

la cerviz, no podía seguir pintando, por lo que pensó de él un muralista pecador de pintar solo de noche para que nadie lo vea como amalgamaba la pintura de los chisguetes. Por eso se decía que tenía un don especial para pintar monstruos —¡pinto con la tinta de los calamares!—, bromeaba entre ronda de amigos las veces en que tenía ocasión.

Al igual que su amigo Tristán, Roberto Bravo también quiso ser cura por lo que se habían conocido en el seminario, solo cuando sintió el incendio de la mirada de su primera musa es que dio por terminada su vida de fraile en el futuro —sé que me internaré en un bosque oscuro —se dijo. Pero quedará en los caminos a guisa de hilachas mi ropa de religioso y el rosario que usaba como cinturón de castidad quedará colgado en una flor cherosa de Galán de Noche, y mis rezos al alba ya no llenarán los espacios incrustados en mi alma en pena a la vera del camino cristiano porque, fiel apóstol al fin, no quiero robar la ilusión de los pintores que vengan atrás.

Pero un día en el que se equivocó el verano y salió el esplendoroso sol en pleno invierno, es que finalmente Tristán logró que la chola cuencana fuera su amante porque gracias a ser seducida y abandonada por el indio, tuvo más fuerza el despecho que su orgullo y aceptó su nuevo papel en la vida de Tristán. Lo que ocurriría después no se lo había trazado la buena suerte de su estrella del norte pues la cocinera cuencana desataba su furia uterina haciendo de Tristán un pedazo de carne en la cama a disposición de ella, y no al revés como él lo había planeado. La chola cuencana en cada oportunidad que tenía, y a sus espaldas, daba muestras

de su don muy masculino, el de seducir, pues era ella quien tomando la iniciativa abordaba a sus amantes de ocasión. Tristán no caía en la cuenta, a pesar de su kilometraje recorrido entre camas de féminas, solteras, viudas y divorciadas, que ella necesitaba solamente una fracción de segundo en que Tristán se distrajera para conseguir el meterse a la cama con nuevo amante convencida que Tristán era la victima ideal para sus propósitos de salir del atolladero de la desilusión, además de darle un estatus que ella siempre había querido tener, el de ser la compañera de un poeta famoso.

En una ocasión de lluvias torrenciales en su natal Cuenca, es que la chola cuencana para infringirle dolor le confesó a Tristán de su furor uterino, cosa que él ya lo sabía, en esa oportunidad y producto del alcohol le dijo que era una fuerza superior a ella y le rogó entre llantos bien montados de fingimiento que la entendiera que en realidad era a él al único que quería. Fue un lloro que duró cuarenta y siete minutos al punto que Tristán no sabía si consolarla o llevarla al hospital pues a pesar de sus consuelos no conseguía que ella parara de llorar.

En medio de su nueva vida, Tristán se alistaba para esa noche, noche de celebrar, presentación de un libro donde Tristán lo había dejado todo, hasta sus tripas de poeta perdido, era un poemario, allí él se desnudaba con palabras y a lo crudo profesaba su inconciencia por la chola cuencana.

Todo el ambiente para el evento era de carnaval, las luces del auditorio de la Mansión Guadalupe alumbraban más que nunca, afuera en las calles los niños jugaban a la pelota, los vendedores ambulantes felices con las ventas se daban

el lujo de dar golosinas gratis a los niños pobres, la chola cuencana vestida de gala, traje que Tristán se esmeró que sea confeccionado para impresionar a todo Cauca, estaba radiante, el vestido era rojo como él se lo había prometido —rojo de lujuria—. Le habría dicho la noche anterior, para agregar —estarás de rica como a mí me gusta—, dándole las buenas noches del beso, ella mortificada por recibirlo se esmeró de fingir todo lo contrario.

La presentación fue todo el éxito con el que Tristán había soñado, su poemario mejor escrito y la chola cuencana junto a él, pero esa noche misma del agasajo Tristán comenzó a caer en cuenta cómo se desenvolvía la seducción de la cocinera, porque en medio de los brindis donde Tristán la buscó para alzar la copa juntos, ella de repente se desapareció en medio del agasajo, Tristán aturdido al no ubicarla con los ojos decidió ir en su búsqueda, no la encontró en los salones contiguos, tampoco en los rincones oscuros de los amplios jardines, fue cayendo en la desesperación, de pronto la vio saliendo del corredor del excusado arreglándose el cabello, luego pasando cerca de él, lo ignoró por completo, Tristán, sujetándola por un brazo le recriminó su conducta sospechosa, ella zafándose con desprecio le dijo —¡no soy santa!—, Tristán no supo cómo darle salida a su humillación, el cataclismo interno se le vino como un martillazo en la cabeza hasta dejarlo sin entusiasmo por escribir y dejó su puerto seguro de salvación en el que se había convertido el Sindicato Clandestino de Poetas.

Con la marea en contra salió a las calles en las semanas sucesivas para enjaularse de bar en bar, en uno de ellos tuvo

oportunidad de conocer a una joven prostituta con quien compartió un cuartucho en la parte siniestra de la ciudad de Cuenca.

Su aventura de burdel terminó a los trece días y comenzó un nuevo capítulo para Tristán al fundar la revista literaria, La Olla, con la finalidad de reivindicarse con la poesía porque se dio cuenta que los latidos de su corazón ya no tenían el mismo ritmo y que la comida le sabía diferente, así se comía una zanahoria y parecía que estuviera comiéndose una manzana y algunas veces se despertaba con doble visión por lo que se aferró a la redacción de la revista como una parturienta a su crio nuevo.

Era una tarde con sol de sonrisa naranja, Tristán se despierta después de haber pasado una, dos, tres noches con sus lunas, se acordó de su pesadilla donde presenció el diluvio universal, voltea la cabeza hacia atrás, y ve a la chola cuencana, le viene el lloro, y le viene puro, todo es en vano, pensó aún sentado en la cama, "escrito estaba para mí en la piedra de santos y fantasmas, el hacedor del mundo me dejó solo a contar el rosario de los muertos, me zumban los oídos como surcos sobre las grandes aguas de este hemisferio del medio mundo y nada parece apagar el azote de infortunios con demonios a cuestas". Y Tristán sigue con voz interna, una voz que le venía desde el fondo de los intestinos, "saber que todo tiene fin, que la sonrisa que viene tan cerca en esa tarde distraída, de un abrazo sin razón y colgarse del cuello, una cruz del monte del olvido en el pecho, el calvario sienta reales sobre la frente ajada por tiempo de guitarras y fandangos, una mirada triste de trajín sarraceno mira los al-

manaques de guerras gloriosas sin medallas en aquel peñón de Gibraltar donde quedaron para siempre los veinte años, y en esta Alhambra solemne, la fuente del palacio moro que guarda intactas las gotas del corazón con sangre morisca, ¡que desfachatez, un héroe de guerras pasadas sucumbir ante el rostro descubierto de una mujer ajena y pañoleta granadina!". Y ya no había una voz de recinto que arrulle a Tristán, le quedaba grande la garganta que lo sostenía, "solo un lobo solitario que aullaba el recuerdo de tu ausencia", le decía a la cocinera en ausencia "las callejas hongosas con sus faros que tiritaban, la noche se oscurece con la bruma que viene colándose por entre semáforos solemnes, la culebra del tráfico de infierno acelera el ritmo endemoniado del citadino perdido entre identidad provinciana, la madrugada se quiebra, aparece el día con luz tímida, baja la pestaña el calendario y subo la solapa de la casaca, el barullo va llenando los espacios con la esperanza que todo cambie, para que no cambia nada", y sintió que le zumbaban los surcos sobre las grandes aguas del hemisferio ecuatoriano, "la cúpula de la iglesia mira el laberinto paisano con su nobleza de gente que no se apaga por azote de infortunios con demonios a cuestas, llega el buen tiempo, queda atrás la dinamita en callejas y la ciudad se sacude del miedo, el fuelle de su gente es casta bravía que no baja moño, que no detiene a su féminas caminar con la alegría de su esbelto talle y caderas sinuosas, sino véanlas", y a Tristán allí mismo le pareció ver a la cocinera "cruzar caminos y los ojos de machos cabríos pregonan tener consuelo a sus desgracias por la gracia portentosa de la mujer cuencana", se sintió

de repente flotar en el aire, escuchó una zarzuela que salía de la calle, la ciudad almorzaba con tenedores andaluces, y curioso, un patrón lusitano había dejado caer el dominio y protección sobre los vagabundos de Cuenca en el restaurante del frente:

—¡Es que esto ya no se puede aguantar! —explotó Tristán. "El mundo alegre que se enreda en el aire dinamita las caderas de parroquianas, y una cuencana esplendorosa regaba su perfume de hembra hermosa".

Tristán sentía que sí va el salero en este pueblo donde se juntan los colores de crisol de razas mientras esos ojos de la chola cuencana danzan los bailes felinos en la ciudad. Es viernes de noche casi, se me viene de golpe, pensó Tristán dibujando una sonrisa socarrona, y sintiéndose el vencedor del mundo en ese momento para de hablar consigo mismo por solo un instante para luego seguir, "el travieso andar de estas féminas, el apretón de labios rojos en cada semáforo" De pronto se le disuelve la memoria en lo inmenso del Iguazú, destino al que le tenía su mira fijada para su próximo viaje con la chola cuencana, que iluso, pensó enseguida abriendo los ojos para apresar la imaginación entre las burbujas del naufragio y dejar sus recuerdos entre mariposas violetas.

Sí, al día siguiente fue la bajada de bandera verde, Tristán Saldarriaga Pro achinó los ojos y vio el camino largo y venturoso, no había propósito ni metas, era solo el alegre caminar los caminos sin brújula, sin consuelo de estrellas que por las noches le tiritan desde el techo celestial, frunce el ceño, ajusta el glóbulo ocular en lo negro del camino, se

va haciendo un día más viejo el mundo, y él más fuerte para resistir los cambios de capricho de su destino, y al primer paso con ruido a vidrio molido de sus huesos, sonrió, conversaba con sus ánimas y demonios, se sabe ahora inmortal, el juglar ya está convencido que sus hombros son de acero, y su historia desconocida.

Pero no olvida que en la garganta queda el testigo del grito de su desventura con la chola cuencana llevado por la sangre en rebeldía de historia larga de buen conquistador de féminas imposibles, las que agujereadas a pedazos de tiempos incrustados de romance, entendían que al final Tristán era la historia de un hombre bueno y cobarde. Sin embargo persiste su calendario adormecido por memoria frágil pero, sin mirar atrás se cuecen en el sopor del medio día los nombres de las que se fueron, sí, sus amantes de cuitas y fandangos las que quedaron amontonadas sin ser bautizadas por la iglesia, o sea por él, pero que de pronto reviven en la ciénaga de sus noches de insomnio, allí saltaron con furia de esos ojos alegres de la chola cuencana que fueron antes de perder su luz, su razón de ser, y ni la lluvia de la ciudad de Cuenca lavará ese pedazo de su pasado con sangre tinta de poeta que se cuelgan en las ánimas de su perdición.

Idolatraba la amistad el poeta Tristán, sobre todo aquellas añejadas en barricas de tiempos de la niñez al recordar a su amigo el siquiatra que le había dicho que huyera del laberinto del dolor, y él se lo había tomado casi literalmente pensado en huir de la chola cuencana porque pensaba que le faltaba muy poco para su último viaje de vida, como recordó esa noche en la que no pudo adormecer su dolor de amo-

res "la lengua leprosa de mi oscura existencia se empeña en dilatar el tiempo inocuo, son inútiles al final los esfuerzos, queda eso sí, el desmantelar una vida de juglar desordenado, como somos todos, llenos de vino y anécdotas que al final no sirve para nada sino para que nos acompañe en los últimos instantes", terminó diciéndose casi en voz alta para escucharse mejor.

Esa misma noche se forró de valor y fue a un bar de poetas porque allí se sentiría bien, y se metió a escuchar un saxo desafinado que arrastraba tristeza, allí pensó que sus poemas no eran nada más que masa cruda de su diario íntimo mientras sentado en una mesa solitaria miraba su copa de vino ordenada a un camarero mal vestido y distraído, dejó a sus ojos emigrar para ver la ternura del mar y encontró la silueta de la chola cuencana dibujada en la arena de Playas, y viajando con el poder de su imaginación se le ocurrió llegar al poema número 72, porque quiso creer que era un número prodigioso, sintió bramar al viento, se resistía a rendir sus armas de Quijote para seguirle el camino a la chola cuencana y poder voltear el universo a su favor con una finta al no haber una noche en el que mojado no despertara su símbolo de varón como crisol al sentir el molde de la almohada al que le había dado la forma de su dulcinea con sus manos de poeta enamorado mientras sentía en el aire el olor de su carnes, ya de sus muslos tibios, y al cerrar los ojos, la rosa secreta de sus vientos, y que lo dejaran entrar sin prisa hasta reposarme en tus íntimas honduras sin aliento, de pronto se levantó, fue a un rincón del bar perseguido por la mirada de los parroquianos quienes poetas al final,

acostumbrados estaban a la excentricidades de los que la frecuentaban, y no le dieron mucha importancia cuando él, arrodillado y en posición de rezo comenzó a decir a media voz: "Quiero morir en tus brazos, mírame a los ojos, verás tu retrato de niña alegre y tus travesuras, acércate más y verás soltándome por valses primorosos, comprenderás, vida mía, como pinto al cielo de ese rojo ibérico que es tu predilección, ese pacto de amor sin calendarios lo cuidan los guardianes del paraíso con celos mortales". Tristán no sabía que más hacer para deshacerse de su desventura que ya arrastraba en la consciencia, aluvión de bronca que no ve caras ni gestos, solo responde a su vehemencia de trópico incandescente y de macho herido, de vergüenza de agachar el moño en solitario y que al levantar los ojos ve el sol de la chola cuencana en cada fémina de callejas, es que era el brote sincero de un poeta enamorado y ensordecido por la pasión que hierve en reproches y escoge el camino de conseguir el amor, porque si no moría, y aún seguía —péinate para mí que soy el único que puede desbaratar tus crines de sirena dentro de tu cueva, y que a lo crudo puedo poner en vertical a tus amantes, y para siempre, sé bien que tú a solas te sientes vacía entre otros brazos al caer en la cuenta que eres mujer de un solo hombre, sí, este juglar que ahora está lejos de tu lecho—, terminó diciendo consumido por los celos, luego se paró, los colegas ahora lo miran de soslayo porque vieron que era ya una alma en pena, un muerto que caminaba por inercia y pudieron adivinar que era una manera callada de decirlo todo sin decir nada, como callando el tiempo, fin del comienzo de un recuerdo de amor, y mien-

tras pagaba por el vaso de vino pensaba como hablando esta vez directamente con la chola cuencana —seduces prenda, mía, con tú coqueteo mudo, con tu infértil atención para recibir mi cariño puro, pasará el tiempo y recordarás con dolor lo que pudo ser y no es más—, acabó diciendo con una esperanza que aunque agria, esperanza al fin de que en algún recodo de su desvalido corazón podría encontrar la forma de olvidar a la cocinera de la Mansión Guadalupe.

Salió del bar y siguió pensando en su dolor de a pocos, tal vez el masoquismo que encerrado en baúl de aeda llevaba, se convierta por la magia del amor infinito en delirio, pensaba así porque desde que conoció a la chola cuencana le parecía vivir en el otro lado de la luna y culebreando con sus ojos podía verla en cada esquina volteada con su caminar altivo, allí estaba su ardor, allí estaba su sueño que se dibuja en la corriente de las aguas del río cuando estaba ya cruzando el puente, y sus ojos derramaron el dulce encanto de la muerte temprana, pero se resistía y ya no solo veía a la chola cuencana en la oscuridad como estaba ocurriendo últimamente sino ya se le aparecía en todas partes y al cruzar la pista le pareció que la tenía al costado y empezó a decirle —vengo que me vengo con veneno en mis porongos de macho cabrío, así estés a la distancia donde no te alcancen mis brazos para sujetar tu talle de sirena cautiva, así no te alcance con mis labios para merodear la querencia de tu triangulo oculto, te vislumbro, y como fiera al acecho me fundo en tu vientre hasta que el mundo cambie su calendario— y se dijo que lo que estaba ocurriendo no era más que el primer tramo de travesía de orate y porque después ma-

ñana ella más tranquila caería en revolcones y sujeta por la fuerza de sus músculos de aeda, y después lo dejaría entrar para darle calor en medio de noche helada, para de cerca ver la oscuridad de sus ojos, para morder sus labios de carnes, para despacio bajar hasta el orificio lunar que ocultan sus gambas protegidas por faldas colorinas y beber el misterio de mujer cuencana.

Para tomar distancia de su obsesión se dirigió al terminal terrestre, seguro estaba que al final del último paradero le esperaba otra rumba, otro corazón de otra cuencana por conquistar, otro enredo de trenzas, apareció entonces la luz en su ceguera de no ver a nadie que no sea ella, la distancia dañaría el fulgor de su mirar océanos y aunque aún veía su rostro huido no quedaría lapidado, él era un vencedor de la vida con de pronto otro chisguete de Lavanda para volver a sentir el aura en el nervio de su corazón juglar, de pronto el tiempo contemplaría el temblar de la espera y el loco deseo de tener un caballo volador y prender vuelo soltando los ojos en el mundo para que la busquen a esa otra mujer —¡donde estés! —terminó.

Y era de noche cuando llegó a su destino que no estaba en su itinerario, solo era una escapada más, otro intento de sacudirse del recuerdo de la chola cuencana. Y se registró en un hotel cualquiera —¿por cuántas noches, señor? —preguntó con sonrisa amable el dependiente del hotel.

—Hasta que se me aclare el horizonte —contestó Tristán. El recepcionista desde su mostrador no supo que decir pensó que era un estrafalario de esos que abundan y llegan sin saludar y sin darse cuenta si vivía en este mundo por lo

que no prestó importancia a la respuesta, entregó la llave al botones, y con orden de cabeza le indicó que conduzca al recién llegado a su habitación.

Al día siguiente y al despertar se enfrentó con la realidad despoblaba, pero el querer alucinado le hizo ver a Tristán la cara de la chola cuencana que se esfumó rápido. Afuera el pueblo sin nombre seguía su ritmo citadino ajeno a su tormento de caminante con sus madrugadas, no encontró, al mirarse en el espejo del baño una salida a donde correr, el aroma de la piel de ella seguía envolviéndolo y se apoderó de su deseo endemoniado de soldarse a su vientre a toda estación, y bajó la mirada donde pudo visualizar entre la maleza de algún manzano recuerdo, de su cuello largo en aquel lecho que guarda el aroma de jugos íntimos al salir después de su grito de carnes cuando él gozó del durazno de su bajo vientre, y le pudo escuchar el gemido en esa su última noche con ella.

Se apiadó de sí mismo de reconocerse un cornudo, todo destino contrario a lo prometido a su madre, "tienes que seguir el abolengo de macho cabrío de nuestros ancestros, el poder de tu padre era de ufanarse de tener complacidas a siete mujeres y en su vida dejó que nadie le ponga los cuernos por más puta que sea la amante de turno, es que la corona se lleva con dignidad, y hasta la muerte", le habría dicho su madre para incrustárselo en el cerebro.

Sin embargo y a pesar de las arengas de la abuela, en los estratos más bajos de la pasión anidaba Tristán la desconsolada esperanza de un corazón feliz, él era después de todo errante y maldito, se vio como un ingenuo más descubrien-

do que sus caminos no son de rosas ni el perfume de las flores podrían ayudarlo a conseguir el corazón de la chola cuencana. Le encandila el aroma sublime de los gladiolos al atardecer, tal vez si soltara en una danza endiablada podría hacerla su hembra que le sabe a gloria cuando está cerca de ella, y era capaz de hablarle con los ojos, los que trataba de ocultar que estaban desbocados por la lujuria, y que éstas, ahora se entrelazaban con el amor, —¿hasta cuándo vivirás así? —le preguntó un día una moza, que fue víctima de sus estrategias de conquista, revoloteando entre las sábanas clandestinas de aquel cuarto de alquiler. ¿Hasta cuándo galoparás en aventuras sin historias? —le habría preguntado para proseguir—, que eso es lo más triste porque al día siguiente no te acuerdas de nombres ni fechas, sigues montado en el corcel de Lucifer que te llevará irremediablemente al infierno —recordó con bronca Tristán aquellas palabras.

Solo bastó un día después de su aventura con aquella moza para que esa misma noche se mantuviera en vigilia pensando en ese misterio que hace que un hombre se vaya a la cama a dormir locamente enamorado y se despierte con un nuevo sol, así, el amor anterior dejaba de existir por sortilegios que permanecen en el enigma enrollados en el cosmos.

Vivió embelesado con esa extraña capacidad, que aparentemente se había escondido con el tiempo, de permitir a un hombre desvanecer la locura de la pasión en una indiferencia total en veinticuatro horas.

Pero ese estado de su alma duró poco. Totalmente decepcionado de todas sus tentativas deambuló por el par-

que Paraíso durante cinco días consecutivos, en el sexto, y mientras estaba sentado en una de las bancas, un pequeño perro oliéndolo primero se orinó después en una de sus piernas, Tristán molesto comenzó a proferir palabras de grueso calibre, la dueña llegó corriendo a pedirle disculpas, él sin levantar la cabeza las aceptó con disgusto, la joven mujer le alcanzó entonces pescando de su bolso de mujer el primer papel que encontró, Tristán trataba de recibirlo cuando vio que también había caído otra hoja de papel al piso producto de la desesperación de la dueña del animal por disculparse, Tristán dobló las rodillas para recogerlo, aún sin levantar la vista y mientras trataba de aliviar el orín de perro abanicándose el pantalón, alcanzó a ver que el papel estaba escrito, y por simple curiosidad se detuvo de lo que estaba haciendo para calzarse sus lentes y leerlo, era una carta de amor, sin entender exactamente porque siguió el curso que le imprimía el corazón pero cada vez con mayor atención hasta que por fin levantó la vista para preguntarle a la dueña del perro mirándola a la cara qué quién había escrito la carta, ella quedó sorprendida.

Fue el primer encuentro que tuvo Tristán con ella sin imaginarse nunca que iba a establecerse una relación duradera entre los dos. Herminia Esther Silva Jaramillo se llamaba, tenía tres hijos que recibieron curiosos a Tristán en la casa de la madre. Fueron los meses en que Tristán pudo olvidar a la chola cuencana y pensó que tal vez era el ambiente familiar lo que extrañaba porque su hogar con la indiferencia de los hijos por sus quehaceres literarios no le marcaban los sentimientos o, que tal vez era porque lo

convertía de la noche a la mañana en un hombre mucho más joven pues se levanta temprano para con ella ir hacer la plaza, prepararle el desayudo a los infantes y preocuparse de ellos en la escuela y él mismo los iba a recoger mientras ella quedaba en la casa escribiendo lo que iba a constituir su primer poemario. Tristán cuando regresaba de traer a los hijos de la escuela, Herminia, poeta en ciernes, lo esperaba con un poema nuevo de cosecha propia, la respuesta inmediata de él era de regocijo y convirtiéndose en su timón literario encontraba placer sensual al detectarle sus errores de sintaxis y composiciones gramaticales, pues los ortográficos ya practicante eran inexistentes. Y se quedaban muchas veces hasta el alba declamando poemas y, desnudos, ella en un extremo de la cama y él en el otro perdiendo por primera vez la vergüenza de mostrarse a la luz ante una mujer, pues a todas sus amantes le pedían la penumbra aduciendo el toque de romanticismo.

En una de sus tantas noches de caricias y juegos eróticos, Tristán salió de la habitación a la terraza que refrescaba las calurosas noches y después de destapar una botella de vino se llevó una copa, escuchó, mientras miraba la ciudad de Cuenca de noche, del vecino un palo trinador que soltaba lo suyo en notas sincopadas de saetas granadinas, y sin llegar a explicarse cómo, alzó la copa para brindar con la chola cuencana en ausencia, —frente a la alegría de encontrarnos en algún recodo del camino —dijo después de beber un trago de su copa que lo encontró a su paladar—, y siguió después: "tu talle apagó mi timidez mientras mis manos se desprendieron de mí, palpó debajo de tus faldas el níspero

de mujer de fuego, entendí que el camino más corto era el rincón oscuro de tu huerto, sí Herminia, tú ya colgada en mi cuello me dejaste sentir el ardor de tus pechos caprichosos, abandoné entonces mi nombre para dejarlo escrito con el colorete de tus labios sobre tus muslos enrollados en los míos" Después terminó la copa, esta vez de un sorbo largo y despacio, como saboreando la boca de la chola cuencana, "y en lo diáfano del reflejo del vino que dejó en copa, veo en sus bordes la forma de tu sueño plácido después del goce celeste, aquel de mordiscos y susurros oscuros cuando te cabalgaba la espalda". Y regresó donde Herminia que estaba durmiendo, y al pie de la cama, su fiel mascota.

Herminia a la mañana siguiente salió temprano a trabajar dejando las tareas de la casa a Tristán, quien por primera vez dejó de engañarse y se le vino todos sus ochenta y tres años de vivir la vida como un poeta y hombre sin disciplina, fue por primera vez también que sonrió con sarcasmo y valentía, era un hombre capaz de enamorase a su edad, y fue allí mismo que se acordó de la chola cuencana, agachó la cabeza, fue un mazo que le pegó en la nuca, sintió que sus años de pronto tenían el peso de plomo derretido que le destruía su amor propio hasta sentirse un gusano, esperó entonces a Herminia que regrese del trabajo y él, detrás de la puerta de la sala olió sus pasos, y antes que ella ponga las llaves en la chapa, Tristán abriendo la puerta se abalanzó sobre ella haciéndola perder el equilibrio, Herminia con el asombro dejó caer al piso la bolsa con las frutas compradas, la palta, el tomate, el pedazo de pollo con el que pensaba preparar junto con él su plato favorito, y cuando sonó la

botella de champaña romperse, Tristán se apaciguó, los dos arrodillados tratando de recoger lo que podían se miraron, no se dijeron nada, y así terminaron de rescatar los artículos para ponerlos en la bolsa para después entrar al departamento, él cerró la puerta y ella fue por los utensilios de limpieza, Tristán entendió allí que todo había terminado, el lindo sueño celeste se había roto como la botella de champán, comprendió que Herminia, la dueña de la mascota era quien le daba fuerzas para seguir en el camino de la vida sin acordarse de la chola cuencana, ella era la responsable de haberle abierto el cielo en vida, pero allí se terminaba todo por el huracán de su inseguridad cuando ella se encontraba ausente. Tristán fue a la habitación para con cansancio de anciano hacer maletas tristes mientras esperaba que ella le dijera que entendía a su corazón desbocado, que todo no pasaba sino por un exabrupto, pero Herminia no decía nada, Tristán entonces abanicó los extremos recónditos de la habitación, y quedó fija su mirada en la cama, donde con candidez de niño la había guiado por los vericuetos imposibles de la poesía, y ella había obedecido como a un maestro venido de otro mundo con consejos que la tenían girando alrededor del eje terrestre, es que él la había hecho entrar en el éxtasis de la vorágine celestial, ella a su vez lo recordaría diciendo, "¡Pronto nos diremos secretos debajo de la almohada! y le pondré aretes a la luna para que se parezca a ti, te haré escuchar el ruido del torniquete de mi corazón al pronunciar tu nombre mientras te susurró mis siniestras intenciones subido sobre tus espaldas, y encaramado en tus querencias, escarbaré entre tu manantial de fémina con mis

manos de desespero hasta llegar a tu capullo y dejar que sueltes tu grito de diabla, mientras yo, con mis dientes iré marcando en tu piel melocotón el camino que te estoy recorriendo despacio, dejándote mi huella de coyote, afanando a los fantasmas que cuiden nuestro lecho, que nos dejen disfrutar del olor del jugo que sale del amor de carnes, y con los ojos prendidos de la mirada, extasiarnos hasta el otro lado del mundo donde no llegan sino los que entregan todo ¡con furia, con la pasión de los orates, los que se desangran en cada entrega a tuétano abierto, a lo crudo, sí, a lo bestia, sin remilgos ni miedos a los barrancos profundos del amor huido! ¡Pronto, muy pronto!".

Mientras Tristán abría la puerta por última vez, creyó haber perdido como una luciérnaga en la penumbra del cosmos su propia luz, y su temporal entereza perdió fuerzas, ya no podría encontrar el camino de regreso, y quedó con el horizonte marchito, ella, Herminia, con su silencio se había marchado en barcarola hechizada de la aventura reciente, y lo dejaba en el lloro perenne de poeta derrumbando todo hálito de esperanzas de un solo tajo con sus de repentes ojos vacíos, ya no escucharía los gritos de los niños a quienes llevaba al colegio después de levantarse con el alba, no más ver la cara de Herminia con su mirada serena, su destino había sido marcado a brasa por una poeta en ciernes libre a sus vientos, como él lo era antes.

Otra tentativa fue la aventura que tuvo con una cineasta colombiana, a quien con sus artimañas de viejo conquistador logró someterla mirándola fijamente a los ojos mientras soltaba una endiablada mentira con sus anécdotas de fin de

semana. Fue en ese tiempo donde también olvidó temporalmente a la chola cuencana para adentrarse al mundo de la cinematografía, pues la cineasta había participado en una película de poca monta, pero por artíficos del celuloide es que se convirtió en una película taquillera.

Con la ayuda de su guionista, porque quería hacer una película sobre su vida azarosa durante dos meses y medio, Tristán fue sometido a un interrogatorio sin contemplación alguna por parte de la productora quien sentándolo en el banquillo de escritor lo acribillaba a preguntas despojándolo poco a poco de sus secretos de anciano Casanova.

En su imposibilidad de seducir a la chola cuencana es que al despertar después de una noche más con la productora de cine vio ratones entre los libros sin autores que había esparcido en la habitación mientras ella seguía sumida en su sueño profundo, Tristán creyó que en el fondo sentía vergüenza de escribir, tal vez de repente estaba buscando ya escribir el poema perfecto, porque era esa y no otra la que podría abrirle la puerta al corazón de la chola cuencana, sin darse cuenta le crecía el impulso de dejar por primera vez un animal de camas y alimentar esperanzas a seguir persiguiendo sus sueños en medio de un infierno porque al fin de cuentas era un arlequín huraño, se apaciguó de repente y tan solo la neblina de su destino de poeta sin nombre le dio cabida a seguir vivo en este mundo mientras por dentro se desmoronaba su esqueleto de viejo conquistador, y se lanzó a otra ilusión que duró lo que el corazón quiso. Tristán se dio otra oportunidad más de seguir vivo.

Y con otro afán de olvidar a la chola cuencana fue que

se enganchó con una de sus admiradoras. Se trataba de una bailarina folclórica chilena quien después de haber leído uno de sus poemarios lo había perseguido asistiendo a cada una de sus presentaciones en diferentes ciudades. En una de ellas, ocurrido en Argentina, llegó conocerlo en persona, Tristán se prendió inmediatamente de sus ojos soñadores y lo primero que hizo, después de besarle la mano, fue ponérsela sobre la frente para decirle —necesito tu bendición —, ese fue la treta exótica que Tristán, echando una de sus suertes, consiguió cautivar más a la bailarina chilena. Desde allí fue que ella lo pasteó hasta Cuenca donde Tristán se concebía, a pesar de sus ochenta y cuatro años, como un potro libre a sus crines que en travesía galopa sobre lontananza naranja, y esa misma noche Tristán con otra de sus triquiñuela la llevó a su habitación de hotel donde le vio el crepúsculo de su talle largo y sinuoso tendido en la cama, la abordó sin alma solo con el peso de la lujuria centrada en empañar todo recuerdo de la chola cuencana, pero su fatiga de penetrar en su mundo de aureolas y someterse con ella al sin compás cristiano de placeres desgarrados de sentimientos hasta soltar ella la resina de su vulva tímida, y él, su jugo de varón perdido. No le sirvió, porque después levantarse y ya vestido, y a las dos horas de abrir la puerta de salida fue a perseguir a la cocinera de la Mansión Guadalupe. Decepcionada la bailaría chilena regresó a su país con el corazón roto.

La vida de Tristán iba de tumbo en tumbo hasta que tropezó con un ejemplar femenino totalmente diferente en el mismo parque donde había conocido a Herminia. Era una

pitonisa joven de ojos juguetones y distraídos que regaban a su rostro de una belleza serena y no interesada sino en los menesteres de las ciencias ocultas. Fue en realidad un encuentro casual, Tristán la encontró en el parque alegre con su grande pileta en el medio adivinando las suertes a los transeúntes, y él, desde su banca donde se encontraba sentado le llamó la atención al verla leyéndole la palma de la mano a un niño, Tristán pensó que a una criatura de edad temprana no tenían nada que adivinarle por la corta trayectoria de vida, se incorporó de la banca y se acercó a la pitonisa sin saludar, y sin más preámbulos la increpó por leerle la palma de la mano al infante -¿qué le puede usted adivinar a un niño -le dijo.

—Todos tenemos dos vidas —le respondió la pitonisa.

—Eso lo dirá usted, pero se trata de un menor de edad.

La pitonisa volteó la cara no sin antes mirarlo fijamente a los ojos que hicieron impacto en Tristán, éste, sin atreverse a decirle más regresó a sentarse en la banca del parque pensando que la pitonisa no pasaba en realidad de los veinte años.

Al día siguiente regresó al parque sin haber podido dormir y con un fajo de papeles arrugados empuñados en la mano derecha como impidiendo que los poemas escritos durante toda la noche en blanco no se escaparan de las hojas. Sentado en la misma banca tenía la esperanza de volver a ver a la pitonisa y responderle ahora porque ella había tenido la última palabra antes de irse la vez en que se vieron, y él un poeta, aunque con el ala rota se sentía capaz de contestar a cualquier mujer por más pitonisa, joven y

bonita que fuera, además pensó que tal vez en ella podría encontrar algunas respuestas a su vida. Sí, porque creyó que con las ciencias ocultas llegaría de alguna manera a hallar alguna explicación a lo que le estaba martillando desde que conoció a la chola cuencana. La pitonisa no aparecía y sentado aún cambió el fajo de papeles a la mano izquierda como una cábala con el propósito que no se apague la esperanza que otro amor se instale en su corazón. Impaciente se levantó de la banca mientras caminaba entre los árboles con su querer encontrarla, se detuvo de pronto y con la mirada algo perdida volvió a sentarse, esta vez al borde de la pileta y la pitonisa no apareció por más que cambió de mano los poemas arrugados, o se sentara en diferentes lugares y, con el peso de la tristeza dejó el parque.

Una vez acuartelado en su habitación quiso llamar a Azucena San Miguel de primera intención, ella era siempre su puerto seguro, era quien ya lo había rescatado de una depresión profunda cuando embalsamado en su cama se había sumergido en la búsqueda del poema perfecto sin poder encontrarlo, pero detuvo la marcha de la mano que iba dirigida al teléfono porque así como se encontraba, cayendo por un tobogán oscuro, ella en esos momentos no sería capaz de rescatarlo, se le ocurrió entonces pensar que al final de todo él escribía porque quería que la chola cuencana se sienta orgullosa de él, pero cómo podría eso llevarse a cabo, ella no le daba importancia a la poesía, allí cayó en la cuenta que no era la cocinera de la Mansión Guadalupe la que estaba dibujada en su cabeza, era la pitonisa, sí, por primera vez desde que conoció a la chola cuencana nadie ni nada había

conseguido desalojarla de su cabeza, y esta pitonisa lo había logrado sin que supiera de la turbulencia de su vida, sin que avizorara el mar encrespado en el que él navegaba a diario, sin saber de qué color era su alma de poeta, sin que sepa uno de los tantos poemas a los que hizo desangrar, "Oscuro es color del desolado, negro tus cabellos de seda que se mueven con el vaivén de brisa mediterránea, reposas tus querencias con descuido de reina sarracena, cierras plácida tus crisoles de solera mientras te cuidan gladiadores cristianos en tus páramos sin nombre, eres altiva en tu andar entre tus mancebos y esclavos, bravos guerreros que se atrevieron a mirar el misterio de tus ojos lusitanos, aquellos que me contaron, sin que tú te enteres, la última conquista de tu corazón endiablado, me hablaron de tus redes y de un poeta en medio de laberinto de pálpitos y saltos de corazón empedernido en querer mirarte de cerca, y más, de saber si son sinceros los colores de tus hombros rosados, si de bronce tus pechos turgentes, y si de mármol siciliano el contorno de tus largas piernas, y aquel poeta endemoniado de amor orate, oxigenó su existencia de cien años para gritar desde lo alto del monte Sinaí, ¡Te quiero con toda el alma, corazón mío!".

Sin proponérselo porque no era su intención de hierro, había dejado su corazón embarcarse en una expedición a la conquista de tierras donde no existieran señales de la chola cuencana, y ahora lo había encontrado en los terrenos pantanosos del amor genuino, porque ya volaba a sus aires y respiraba sin pedir permiso a la poesía, —¡es el relámpago del amor! —dijo para sus adentros con voz satánica, y que-

dó incrustado en su historia alterada por el amor reciente, es que ya no sabía cómo respirar sin el consentimiento de la pitonisa, al punto que el color de su piel por momentos tomaba otro, uno violáceo, cuando se acordaba de la ironía de ella porque se le marcaba un mohín en la cuenca de sus labios que lo hacían estremecer gracias al recurso del recuerdo fotográfico que entendió afligido tratando de memorizar cada gesto distraído de ella, y sopesó el tiempo en el que había hablado con ella, y no pasaba de los dieciséis minutos —eso es amor directo —exclamó lo que él ya se lo creía a pies juntillas sin hacer caso a las leyes de la lógica aplastante que le decía que eso era materialmente imposible, y él mismo se encargó de descalificarlo porque él era un poeta, una raza crecida en la faz de la tierra con una partida de nacimiento muy diferente a la de otros ciudadanos de este globo terráqueo.

Tristán logró encontrar a la pitonisa después de haber ido al parque durante toda una semana con sus tardes. Una de aquellas, plomiza y triste con ganas el cielo de soltar su llanto, pero, sin interesarle los cambios de clima, la encontró y sin más trámites fue al abordaje, ella parecía tener buena disposición por lo que Tristán la invitó a tomar helados, ella guardó las cartas con las que adivinaba el futuro en uno de los bolsillos de su falda colorada, y caminaron hasta ubicar una heladería con sus mesas en el parque. Ya sentados Tristán le preguntó: —¿qué quieres comer?—.

—Yo quiero comerme el mundo —contestó ella mirando la lista de precios—, Tristán sin alzar la vista quedó callado, pero allí mismo no necesitó nada más para tener la

certeza que la chola cuencana pasaba a ser una más en su larga lista de su historial de amores. Y se lo decían los ojos de la pitonisa cuando lo miraba, pues él se sentía un hombre que podía alcanzarla con la poesía pero no con el tiempo, tiempo para él era correr a la velocidad de la luz, para ella en cambio, que se enteró que no eran veinte años los que tenía sino veinticuatro, era de una velocidad ciudadana, eso lo entristeció, se le vino encima un manto plomo rompiendo en pedazos su ilusión de anciano enamorado, cayó en la cuenta que no existía poema en el mundo en el que él pueda montarse y ser feliz, pues su felicidad era cortada por la diferencia abismal de los almanaques crueles, la pitonisa al ver los lagrimones cayendo sobre el helado sin que Tristán lo pudiera evitar, le tomó la mano que reposaba sobre la mesa, la levantó y la besó con ternura, Tristán ya podía irse de este mundo con la victoria, era lo único que él quería, saberse dueño de la atención de la pitonisa, la única de quien en su vida se había enamorado con todas las fuerzas de su corazón conquistador, y entre su visión borrosa producto de los lagrimones que seguían cayendo, soltó, "¡Poeta Maldito¡ me gritas en esta playa desierta y nuestros cuerpos sedientos, tumbaditos sobre la arena, es la locura navegando en los temporales, seis y trece minutos de la tarde de este domingo, el descanso del guerrero con el cobijo de la puesta de sol, es la despedida sin palabras entre tu mirada distraída y la mía y quedó mirando mi muerte entre notas de violines que ya no vendrán con sus cuatro estaciones, y te miro clavando mi nombre debajo de tu mejilla donde puedo ver que apoyas el violín, sí por segunda y última vez serás

mía sin respeto a las leyes de Dios y desnudos en el paraíso de néctar de arena y cuerpos desnudos tumbaditos sobre la arena, y si viene la parca en mi búsqueda, Dios Neptuno testigo de mi entrega, que lo di todo como manda mi sangre de aeda, ¡sin pedir nada a cambio! Me miraste por debajo al conocernos cuando adivinabas el futuro en el parque y ahora tumbaditos sobre la arena sueltas el grito desgarrado de tu sangre joven, dime ahora quien comanda este tu momento de éxtasis sino soy el que te marca el galope de tus caderas, quien sino yo, este pobre viejo poeta que al mirarte a los ojos en medio de tu laberinto de mujer soberbia con sus violines y sus pentagramas, no haces sino prenderte de mis crines montunos para morderme y sacarme a pedazos carne de mi cuello, carne de mi carne, ¡qué ya estás contaminada, con la pobre tribu de periféricos a los que pertenezco¡ Y ahora nos despedimos, me dejaste entrar a tu mundo culto, a este juglar enamorado, pero te diré, te vas marcada con mi nombre, con mi destino, con la sentencia de cargar la cruz del destierro, nunca te imaginaste que abrirle la puerta a este trovador de callejas, te iba a causar la salida del mar de tu plácida vida de engatusar hombres, y ahora te vas, pero te seguirá el recuerdo del aroma de este poeta resquebrajado de amor que te pudo hacer conocer por qué el mundo no es redondo, por qué el mundo tiene la forma que le dan dos amantes desnudos con su propia historia, ahora te vas, y te lo digo como sentencia, porque no sabes que hiciste al abrirle la puerta a un poeta de raza que te hizo conocer el paraíso, y tú al partir, se te desapareció de tus brazos". La pitonisa se enterneció, le tomó la cabeza y desordenando

sus cabellos de tiempo cumplido lo dejó sentado solo con su fantasma quien tomándolo de la mano lo acompaño a su destino por el sendero solitario.

Al otro día se le ocurrió que su almanaque ya tenía fecha de vencimiento y se atrevió a pensar que la pitonisa le leyera el futuro, un futuro con ella, y si no fuera así, no quedaba sino aceptar que con la poesía si no entraba a su querencia bendita, seguiría yendo solo a su próximo viaje sin boleto de regreso.

No le daba la talla sin embargo a su creciente obsesión, que una vez muerto pueda llevarse consigo el amor de la pitonisa, aún sin el consentimiento de la poesía o de la razón, y se desata en una diatriba contra sí mismo convirtiéndose el baño en su confesionario, y el espejo, en el cura al que pedía abolir todos sus pecados, quería morir después de todo con una sola, el de querer a la pitonisa más que al Todopoderoso y, ya creyéndose en sus últimos segundos en este mundo, se dijo frente al espejo casi a gritos:

"¡Bruja de mis desencuentros, eterna primavera en flor, te extraño retoño de mis entrañas porque naciste para mi regocijo, y cuando tu imagen invade mis pensamientos, mis huesos crujen al saber que me esperas en nuestra carroza mientras dibujo tu cara bonita que espanta la tristeza de mis caminos, y con tus crisoles veo el despertar de la alborada, compañera para mis noches de bohemia sin final! ¡soy tu moro engreído de la noche, hembra de mi vida, fémina fiel a este tu macho cabrío que su corazón se tuerce de madrugada sino te robo el beso matutino del nido de tus ojazos siderales! ¡qué te arranqué del universo donde hasta Zeus

invadió terrenos prohibidos por llevarte de mi vera, y de allí, sí de allí te desprendí y puse a todos los dioses del Parnaso en la peña del olvido! ¡te tengo ahora en medio de esta oscuridad, tengo ahora el sol de tu vida clavado en mi destino!".

Sin embargo, la pitonisa parecía ir desapareciéndose de su vida,

Tristán sin pensarlo dos veces decidió ir en busca de Azucena San Miguel porque había llegado a la conclusión, después de hacer un recorrido geográfico de su experiencia poética, que su enganche con las féminas era el uso de la palabra exacta.

¿Por qué siempre pienso en ti? —se preguntó Tristán pero tuvo la sensación como que una ola inmensa en pleno centro de Quito lo tiró a la vera de la adivinadora. Tristán tenía el convencimiento pleno que en alguna parte del camino de su vida se iba a reunir con ella, por eso había sido que en una oportunidad le había preguntado —¿crees que existe vida después de esta?—, la pitonisa para no hacerlo sufrir, porque sabía que no sería la respuesta que él estaba esperando, se quedó callada, el acusó recibo y no preguntó nada más, ella a su vez pensó que se le había ido la mano, pero se hubiera negado si él se lo hubiera preguntado por segunda vez, por tercera o por cuarta, estaba decidida a que no sufriera. Desde aquella vez Tristán quiso alejarse de la pitonisa para que el recuerdo de ella quedara pulcro y siguiera creciendo hasta que ella se convirtiera en santa.

Y enarbolando su sueño de hombre feliz y vencedor de los vientos que batían su barcarola bohemia seguía por los

vericuetos de este mundo, una y otra vez tenía que vencer a los monstruos de mil cabezas, como saltar del pozo del descalabro de la chola cuencana, de sus desafueros con la bailarina chilena, su querer encontrar tranquilidad en las faldas de Azucena San Miguel, volar de este mundo a uno de fantasía con la productora ecuatoriana, de enredarse en los perfumes de una vendedora de flores, arroparse en un hogar ajeno, o ir a Francia y dejarse llevar por un torbellino temporal o, de una aventura andaluza, y llegó hasta la última, hasta a quien consideraba su verdadero amor, la pitonisa. Se sintió feliz y cerró los ojos.

Eran épocas de carnavales, Tristán con la mirada en el vacío y sentado en una de las ocho sillas del comedor en la casa de Azucena San Miguel hablaba de cabeza gacha y mirando al piso en voz queda y sin fuerza en las palabras, a la dueña de casa le enterneció el corazón y fue todo oídos para sus lamentos, se atrevió a más, darle un consejo cuando le crecieron los primeros goterones a Tristán que sin poder evitarlo le salían con facilidad de los ojos —nosotras las mujeres— dijo Azucena San Miguel— somos unas putas, somos una mierda —Tristán levantó la cabeza con los ojos llorados, no podía creer que su amiga, su intermitente musa podría hablar de esa manera, mientras ella sentada al costado y tomando una de sus manos continuó -hacemos de todo con tal de engañar a los hombres, lloramos, reímos, y todo por tenerlos enganchados. ¡Tú no sabes en realidad como somos, a pesar de tu experiencia! ¡Sí! —le dijo al ver que Tristán quería decir algo como buscando una falla en la teoría de su amiga —¡sí! —repitió ella, ¡Ese kilometraje

salvaje que tienes en vainas de faldas, y no has aprendido nada, eres un niño en brazos de las mujeres!—. Tristán escuchaba las palabras pero no le encontraba el comienzo del ovillo de la razón y trataba de preguntar, de responder, y Azucena San Miguel no lo dejaba, es que ella ya se había desatado en una diatriba contra un pobre hombre desarmado de su ego de poeta y a quien tenía entre las cuerdas de la desesperación, ella en esos momentos comprendió la sencillez de vivir en el poder solo con utilizar la herramienta de la palabra, justo lo que el hombre, al que tenía a su costado lloriqueando como una mujercita a su anciana edad, era un diestro en su manejo, y que esta vez había caído en las manos de una pitonisa, pero Tristán sentía que sí, que ahora era diferente, la pitonisa era distinta, Azucena San Miguel le leyó el pensamiento —sí, ya sé lo que me vas a decir, que esta vez es diferente, que la pitonisa es de otra raza, ¡pero no! —dijo ella casi gritando y sin poder establecer si en ese momento hablaba su amiga o una mujer finalmente enamorada, ¿por qué habría ella caído en las redes tejidas por el anciano poeta? Ella, que ahora le aconsejaba y le descifraba las tretas de mujer, Tristán persistía en tratar de interrumpirla con una pregunta, ahora para él todo eran preguntas porque comprendió que no entendía nada, pero era tarde Azucena San Miguel ya se sin frenos se dedicó, no al aconsejo pero a humillarlo, porque era eso después de todo, sí, eran celos, sí, había caído en la telaraña tejida por el seductor octogenario sentado junto a ella, y ella lo sabía desde un comienzo pero se había sentido muy superior a sus requerimientos de anciano caprichoso, y porque al final

Tristán sería solo un juguete más para ella, sí porque ella era mujer, pero como mujer no podía escapar a la debilidad que a la mujer enamorada la corroe: los celos, y, era verdad, la pitonisa, joven y bonita, pero ella tenía el carril de mujer a toda estación recorrida entre poetas y escritores y gente del mundo de los perdidos donde descifrar lo que cada uno de ellos llevaba en la cabeza era ya de por si una guerra vencida de antemano, pero ella poseía las medallas necesarias para salir vencedora de este embrollo sentimental, terminó de hablar, se paró bruscamente y fue a su cuarto donde parándose frente al espejo de su ropero de cuerpo entero se desató en llanto de mujer despechada.

Tristán sorpresivamente se encontró que en sus momentos de lucidez pensaba terminar con su existencia de propia mano —qué será el clima de una despedida con los ojos flotando en el aura tenue del desdén, el aroma del descuido de abejas volando sin brújula, y yo deprisa, corriendo de la vida inocua ¿en que laberintos te enredas poeta? —se preguntó callado—. ¿Dónde está tu musa, dónde tu pitonisa? te pierdes en el laberinto de un Parnaso del que te jactas haber conquistado, arrancas a la razón su sustancia de verdad con la corona de la fantasía, esa ilusión eterna te lleva a sus aires, juegas con su vaivén de verano tropical, es la dulce sensación de besar tus labios, amor mío —le decía en ausencia a la pitonisa—. Al despertar de mis sobras de sueño de niño, aquí estaré sin esperarte parca de mierda porque es injusto que me quites la vida queriéndola como la quiero ahora —terminó, después de dibujar a la pitonisa en su imaginación.

Acababa su historia, el aire olía a muerto fresco, y a las

tres de la mañana de ese invierno hongoso la ciudad toda amaneció con las nubes soltando el rancio de la lluvia de azufre, fue el fin del universo que empezó en la ciudad donde Tristán, el poeta, había nacido.

Claro comprendió que el refugio último de los cobardes, es la razón, los abstractos de pensamientos que elaboran la serie seria de rosarios basados en los números exactos con la única finalidad de aliviar la pena que es un factor humano y alejado por completo de la lógica, Tristán ya sin saber para donde correr, desairado en su última instancia, decidió voluntariamente dejarse llevar por los vientos alisios al capricho humano, al capricho que entendió le pertenecía solo a la pitonisa, y de pronto se sintió feliz de saberse vulnerable a merced del destino omnipotente marcado paso a paso por el sentimiento que para facilitar la comunicación le ponen el nombre universal de AMOR, que él no sabía si lo conoció, si lo sentía o si era solo una escapatoria para que el ser humano siga sintiéndose eso, un ser humano, y le pareció que ya todo carecía de valor sin el amor exclusivo de la pitonisa, y la sabía de difícil acceso porque ella se encontraba en sus radiantes salidas de la juventud con el desparpajo que dan los veinte y cuatro años, y con ganas de comerse al mundo, pero primero lo que Tristán quería, era comerse a ella.

Por la ventana, la calle desierta y oscura recibía la bendición celestial de la lluvia, no recordaba el nombre del agujero donde había caído, pero él soslayaba una ciudad alegre con burbujas de champán navegando por las esquinas asimétricas, y el recodo del camino para su descanso lo

sacó de golpe, hervía la noche en relámpagos de carnavales, la sonrisa de un mendigo que cruzó la pista de pronto le alumbró la vida, respiraba a borbotones el deseo de seguir vivo, de gritar sus cantos de alforja de juglar, llegó con brincos desconcentrados sin brújula ni ciencia hasta la vera du mar de su adolescencia, donde llenó sus pulmones del vaho neblinero de la caleta de pescadores de Malabrigo, y entre la bruma de las costras del agua marina se dibujó el Poema Perfecto, no moriría nunca, se lo había dicho la palma de la mano de la pitonisa, de sus grietas en la cara castigada por el infortunio, y de la hermosa mirada de ella sin rencor al mundo, vio a poetas vestidos con los colores del arco iris en la góndola imposible que se perdieron en lo naranjo del horizonte.

Tristán lo dio por que todo había terminado, la pitonisa su amor quimera, su largo caminar de encantador de serpientes, ese sentimiento itinerante de confusión, ese su puerto seguro que significaba Azucena San Miguel había sido solo una ilusión, y ahora esa ilusión lloraba escondida en su cuarto frente al espejo íntimo, Tristán se levantó de la silla con mucho esfuerzo, sintió sonar las bisagras de su esqueleto y sin embargo con la mente limpia se miró los pies y estos le obedecieron para encaminarlo a la salida, después de cerrar la puerta fue a su habitación en el hotel de Lima, se quitó la ropa, se metió bajo la lluvia de la ducha que le dio tranquilidad a sus músculos, después y aún desnudo se afeitó, arregló sus canas como pudo, el frasco pequeño de su perfume exquisito de arcángel, Chanté, se lo roció por todo el cuerpo y sintiéndose un bebé engreído se calzó

su pijama después de treinta y dos años, pero se arrepintió y antes de meterse entre las sábanas y parándose frente al espejo del ropero desafió lo que vio, estiró la mano izquierda y escogió el terno más oscuro, uno que había usado en su última presentación en Cuenca, y ya totalmente vestido, esta vez sí se metió en la cama como si fuera un muerto que aún respiraba. Segundos más tarde habría cumplido ochenta y cinco años de edad.

Fin

Sobre Tristán, solo se explica el despliegue generoso de su energía en camas de mujer por los adelantos de la ciencia o, por los secretos audaces y misteriosos de las ganas de vivir como un aventurero.

El Encantador de Serpientes
Se terminó de imprimir en el mes de
marzo de 2020.

ALGUNOS TÍTULOS DEL AUTOR

Gitano Maldito
2019

El Oriental
2019

La Gata
2019

El Vino del Torero
2018

El Plagiador
2017

The Solitude of the Love
2017

Amor Gitano
2016

La Soledad del Amor
2016

El Anciano
2003

Ladrón de Sueños
1995

Tristán lo recordaba bien, ella durante la comida permanecía callada la mayor parte del tiempo, esto, lejos de ahuyentar el deseo de Tristán por poseerla, la encontró diabla y peligrosa, fue en esos precisos momentos en que a él se le vino el duende y echando mano a una diatriba enjaulada desde la primera vez en que ella rechazó sus requerimientos, soltó lisonjas para ser escuchadas por arcángeles, ella parecía impávida y miraba a los costados, de pronto volteó sus ojos sobre los de él por algunos minutos, y le dijo: —¿Sabes lo que tú eres?—,Tristán no supo que responder, la pregunta no correspondía a sus lisonjas y un desinterés no lo tomaría por sorpresa porque sabía que ella no era de gustarle la poesía, pero una respuesta con naturaleza de esquivo lo dejó sin habla, la cocinera enseguida al verlo desarmado completamente agregó —eres un encantador de serpientes, sí, como una copa de champaña—.